



RAMONI

Iñaki Olaizola

CORONAVIRUS, 2020

Ramoniri, maitasunez...

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

PREÁMBULO	5
¡AY, QUÉ NOMBRES AQUELLOS!	9
PERO, LA ÉPOCA EN QUE RAMONI NACIÓ	12
LOS PRIMEROS PASOS EN LA CALLE PUERTO	17
AITA ETA AMA	28
EN LA CALLE PUERTO, YA MÁS CRECIDITAS	38
Queríamos mucho a la Xele	39
Los vecinos	40
Santa María	44
El primer coche: EOA	49
Lasarte	50
En la cocina. ¡Ay, aquellas cocinas!	52
La cartilla de racionamiento; la Hermenegilda	56
LA ESCUELA	59
LOS DOMINGOS Y DÍAS DE FIESTA	63
LOS DÍAS DE REYES Y ALGUNOS JUEGOS	65
LAS VISITAS	66
SU PRIMER TRABAJO	68
LA ADOLESCENCIA QUEDÓ ATRÁS	70
Fregar los cacharros	70

Hacer las camas	71
Ayuda externa	72
Encerar el pasillo	73
La tía Ramona	74
Nuevas tecnologías	77
Un poco de ocio	78
El cuarto oscuro	79
Libros, los justos	80
La televisión	80
Cambios culturales	80
LURDES	82
MAITE Y ANTIONI	83
UN VIAJE EXTRAÑO	84
UN BREVE RENACIMIENTO	85
ALGUNAS HISTORIAS DE LA GUERRA	88
YA VOLABA SOLA	89
Andar en moto	91
Santa Bárbara y la Isla	92
Nuevas amigas	95
OLAECHE Y NARRONDO	98
PERO, ¿QUÉ TENÍA LA ISLA?	99
ENTUSIASMO, PODERÍO, FUERZA, VALENTÍA, CORAJE...	101
FIN DE LA PRIMERA PARTE	104

SEGUNDA PARTE

PREÁMBULO

Escribir estas líneas supone, en parte, la manera de saldar una deuda con mis hermanas que, en más de una ocasión, han manifestado lo bonito que sería tener escrita la historia de nuestra familia. Más en concreto, estos comentarios han ido acompañados de reflexiones en alta voz que traslucían lo poco que sabíamos de nuestros aitona-amonas, y de quienes les precedieron; lo poco que sabíamos de aita-ama, en incluso de sus familiares; y, también, la manera borrosa en que recordábamos nuestras propias trayectorias.

Sería presuntuoso suponer que con estas notas he cumplido tal propósito; ni lo he hecho, ni, además, tendría la posibilidad de hacerlo, porque las fuentes de este conocimiento se han agostado. Nuestros aitona-amonas, nuestros aita-ama, nuestras tías y tíos, nuestras primas..., todas esas personas se han ido ya, han muerto. Se ha dado, pues, una fractura en la posibilidad de construir un relato histórico acerca de quienes somos, de dónde venimos; de conocer con mayor historicidad nuestros orígenes...

Podemos en cambio apoyarnos en ciertas conjeturas para suponer que, desde hace bastantes generaciones, somos de aquí, de Euskal Herria, y que el arraigo con nuestro País está en nuestro genoma, y que el impulso que nos dieron quienes nos precedieron pudo ser importante, porque importante es también el impulso que seguramente hemos dado a nuestras hijas-hijos para prolongar este arraigo.

Sin embargo, todo propósito requiere unas circunstancias. El puñetero *Coronavirus 19* ha sido la ocasión para de manera periférica hablar de lo poco que sé de los orígenes de nuestra familia, pero, sobre todo, para realizar este recorrido manteniendo como vector direccional a Ramoni, *nuestra* hermana mayor, y suponed los que esto leáis, que a la referencia de *mayor* le asigno un significado polisémico amplio, importante, imaginativo, de acepciones tangibles algunas e imaginativas otras también.

Pero reconocer que se dan las circunstancias adecuadas para acometer el desarrollo de un propósito a veces requiere algún empujón especial, algún estímulo motivador. Considero que esto puede ser así, porque, sucedió que un día, al poco de iniciarnos en el confinamiento, me llamó Amaia para contarme que estaban proyectando hacer un álbum fotográfico de su ama, para regalárselo el día de su

octogésimo aniversario. Sugerí la idea de que, tal vez, las fotos podrían hablar mejor (porque las fotos nos hablan) vinculadas a un texto, a un relato que les diera contexto. No lo debí argumentar bien, porque al día siguiente me habló de la posibilidad de seguir con la agrupación de fotos, tal vez en soporte video. Le insinué entonces que, al margen de ese proyecto, yo podría animarme a hacer un intento de relato, y contando con sus comentarios favorables, ese mismo día me puse en el empeño de hacerlo. Así lo hice, y dedicando al empeño bastantes horas de casi todos los días durante el confinamiento, apoyándome en el limitado arsenal fotográfico que dispongo en *XAZPITXULO*, donde nos pilló este encierro, redacté esto que tenéis en vuestras manos. Éste es el resultado.

En primer lugar, he de decir que he disfrutado mucho en este empeño. Sucede, suele suceder, que, al interesarse, al participar en el análisis de acontecimientos no estrictamente del ámbito personal, se incide, a veces sin querer, en hacer introspección de uno mismo. Sí, metodológicamente yo quería que se notara que en este escrito Ramoni fuera la *materia* del mismo, pero esto, de ser posible, requeriría un relato autobiográfico, y este no es el caso, pues lo que yo he podido hacer no es sino una aproximación biográfica de alguien que, más que experiencia en estas lides, dispone únicamente de unas experiencias compartidas, siempre desde el cariño, con el objeto de estudio, con Ramoni, esa persona tan variada, tan polifacética, tan especial, tan particular, tan hecha en un molde que luego se rompió.

Ya en el párrafo anterior me he descubierto como parte de esta historia; no obstante, anticipo, intentaré ser neutral, pero no imparcial. Me declaro del equipo de Ramoni, y al hacerlo pretendo matizar que mi máquina de valorar los hechos, mi máquina de medir, bien podría tener una relativa predisposición al error, esto sería normal, si hubiera omitido decir que no se trata de un error instrumental, sino en parte sistémico... Tanto rodeo para decir que no soy un escribiente inocente.

En segundo lugar, una de las cuestiones que más me han dificultado la escritura de este trabajo ha sido el silencio al que he sometido a Isabel, Maritxu y Lurdes. Isabel y Maritxu están en la esencia de todas estas historias; son personajes activos de todas estas historias, pero en esta ocasión, con la excusa de sus ya pronto ochenta años, Ramoni, lo voy a repetir, va a ser la materia de este escrito. De Lurdes, su escasa presencia en este texto está más justificada. Lurdes nació cuando Ramoni tenía ya

diecisiete años, y Ramoni se casó, cuando Lurdes tenía solamente cinco años. Luego, aquella fatídica leucemia se la llevó, cuando tenía solamente 43 años.

Cuando se escribe, cuando menos cuando yo escribo, tiendo a pensar en el potencial lector/lectora de lo que voy contando. Por eso, aunque este escrito va dedicado a Ramoni, he pensado que a ella le gustará saber que también he dirigido mi recuerdo a otras personas de su predilección. Así pues, este escrito va dedicado también a Trinidad, cómo no, el compañero de toda la vida que se inicia al final de este relato, desde el día de la boda; a Todor, Amaia, e Iñigo, y a Eukene, Xabier y Mónica; a Maite, Maddi, Lorea, Olatz, Elene, Ander y Ainhoa, sus siete sobrinas-sobrino; a Isabel y Maritxu, y a Nazario, Joserra y Maria-Jose; a todas y todos sus sobrinas nietas y nietos, Eli, Donato, Idoia, Ainhoa, Mikel, Itsaso, Xele, Andoni y Andrea, y con ellos y ellas a sus parejas y a las proles que han propiciado. Mi deseo es transmitirles a través de esta historia de Ramoni, que ellos son parte de este núcleo vigoroso que tiene a Ramoni como epicentro, en este caso. También a Antxon, que ha vivido con nosotros tantos años, y que sabe mucho de nuestras historias, y a Maite, que también compartió una nada desdeñable parte de su primera juventud con nosotros. Finalmente, una dedicatoria especial a Nati, a quien yo siempre he percibido como la amiga íntima de Ramoni, su amiga del alma.

He tratado de interrumpir el relato en cuanto me salía de ese límite de sus 22 años, hasta casarse. Sin embargo, no es tan fácil deslindar etapas; una cosa nos lleva a la otra y sin que se produjera la primera no tendría sentido la segunda; y a la inversa, viendo lo más reciente, en ocasiones, podemos vislumbrar aquellos matices, aquellos tics de personalidad, que ya estaban impresos en la primera.

Otra cuestión que he sometido a escrutinio está relacionada con la *legitimidad* de inmiscuirse en la vida y en la historia de una persona. Lo he dudado y luego he salido de la duda, de *mi* duda, al convencerme de que este relato en nada podría perjudicar a Ramoni; que cumplo con el supuesto razonable de que ella lo apreciará; y, y esto es definitivo en la reflexión, de que soy, posiblemente junto a Isabel y Maritxu también, la persona que ha vivido más íntimamente la etapa que estoy describiendo. En esto sustento mi postulado de legitimidad para hacerlo.

Este trabajo no está terminado, en un doble sentido:

- Requiere mejoras y mayor afinamiento en muchos de los episodios que he narrado. Por eso, una segunda edición revisada con Ramoni misma, y con Isabel y Maritxu, que, junto a mí, han sido testigos de calidad de las cosas que he contado, daría a este texto un toque de mayor afinamiento. Me suele gustar crear controversia, y ésta será la oportunidad para contarnos, contarnos entre nosotras/os cuatro, qué percepción tenemos de aquellas cosas. Seguro que muchas de las anécdotas que he contado no serán plenamente compartidas, pues tampoco es preciso ser un letrado para percibir que no existe esa verdad maravillosa y clara que con rigor pueda decir: ¡No, no es así!; ¡fue *asau*, porque yo estuve allí, porque lo vi con mis propios ojos! No, las cosas no son tan sencillas. Desde atalayas diferentes la misma cosa puede tener verdades distintas.
- Pero, además, incluso cuando mejoremos el texto, el trabajo estará inacabado; será, simplemente, *La Primera Parte*; Encomiendo a su familia directa, a esas quince personas que la configuran, para que, a partir de aquí, puedan ir perfilando la biografía o autobiografía (si ella participa activamente) de Ramoni, que se prolongue hasta el momento actual, el recorrido de sus primeros ochenta años de vida intensa y apasionada.

Y ahora, antes de despedirme de vosotras y vosotros, potenciales lectores de este trabajo, sólo quiero deciros solamente otras dos cositas:

- Que lo que ahora hemos llamado confinamiento, esa situación de reclusión permanente en casa, de pasar días e incluso semanas sin apenas poder salir a la calle, excepto para hacer algo imprescindible, antes a eso se le llamaba ser *ETXEKOANDRE*.
- Que sé de antemano que Ramoni, al leer que el coronavirus ha sido la ocasión de escribir este texto, torcerá un poco la *muturra* y dirá: ¡nada es por casualidad!; ¡todo tiene su porqué!

¡AY, QUÉ NOMBRES AQUELLOS!

Felisa, Barbara, Agustina, Fermina, Lucia, ... A ella le tocó RAMONA, porque su tía se llamaba así y, en la época, parece que existía el derecho a que los padrinos eligieran el nombre de la apadrinada. En este caso, la tía Ramona ejerció este derecho, y si bien su ama sugirió algún otro nombre, más moderno decía ella, la tía apuntó que le parecía bien pero que, de ser así, eligieran otra madrina. Naturalmente, no hubo opción, y la niña que nació aquel lunes, 22 de julio de 1940, en la calle Puerto, se llamó Ramona Olaizola Eizagirre.

Ramoni, pues siempre se le conoció con este nombre, posiblemente para que no se le confundiera con su tía, fue la primera hija de Barbari y de Xele. Se casaron, apenas acabada la guerra, el 21 de setiembre de 1939, en la cripta del Buen Pastor, pues en aquella época Barbari, con su hermano Antxon y su ama, Fermina, vivía en la calle Loyola, donde trabajaba como auxiliar (enfermera sin titulación diría yo) en la consulta del Dr. Zatarain.

En aquella época se trajinaba mucho la aritmética y era habitual, dicen, sacar cuentas. Así, con la mejor intención, se decía, la gente hizo la resta: Si al 22/7/1940 le quito el 21/9/1939, quedan 10 meses y 1 día, pero, además, como 1940 era bisiesto, de hecho, se podía contar como 10 meses y 2 días. ¡Bien! Así superaron Barbari y Xele aquél fiscalizador control social que se ejercía en la época.



Ama eta aita, el día de su boda (21/9/1939)

He hablado de números para anticiparos que, ya desde pequeña, parece que puede reconocerse en Ramoni esa práctica suya de hacer las cuentas, de hacer las cosas rápido, a toda leche. Como veis, aprovechó la ocasión para nacer pronto, sin que hubiera que esperarla demasiado. Sí, la velocidad es característica importante al describir su vida: rápida al andar, rápida al cocinar, rápida al planchar..., pero, sobre todo, rápida en acoger, en querer, en dar cariño, en dar consuelo, en dar opinión, en alegrar las fiestas..., en todo lo bueno. Tiene, sí, un don especial para hacer todo rápido y bien.

Bueno, tratando de indagar en su infancia, os contaré que Ramoni es la mayor de cinco hermanas-hermanos: Isabel (1942), Iñaki (1944), Maritxu (1946) y Lurdes (1958), y siempre le hemos reconocido ese estatus de hermana mayor, de autoridad, *autoritas*, que siempre le acompaña. La foto que sigue es la del Carnet de Familia Numerosa



Familia Olaizola-Eizagirre (1958)

Vivíamos en el segundo piso del Nº 19 de la calle Puerto, esquina con Campanario, en la diagonal de ese segundo piso del Nº 7 de esa última calle, a unos 100

metros de distancia más o menos. Pero este comentario, puesto aquí, apenas tiene sentido. Su significado se aprecia cuando, con una hipotética utilización del GPS moderno, pudiéramos concluir que Ramoni, tan vital ella, es una estatua, un punto fijo en la historia de sus desplazamientos trascendentales, pues, aplicando la teoría del punto gordo, casi se podría afirmar que Ramoni nunca salió de casa. Que la calle Puerto, la calle Campanario y el Muelle, los tres lugares en que ha vivido, están sumisos en ese único punto gordo.

PERO, LA ÉPOCA EN QUE RAMONI NACIÓ,

fue, seguramente, muy dura para la ama porque cuando Ramoni tenía un año se llevaron preso a su aita, acusado de participar en una red de espionaje a favor de los Aliados. Toda esta historia está recogida en algún reportaje de ETB y, también, en el libro, publicado por el Dr. Iñaki Barriola, cuyo título es: *“19 Condenados a Muerte”*.

Indagando en Internet, consta su nombre y el número del sumario por el que se le juzga, por aquel Tribunal Militar Fascista:

“PROCEDIMIENTOS JUDICIALES INCOADOS POR LA JUSTICIA
MILITAR A RAIZ DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA Y DURANTE LA
ETAPA FRANQUISTA BAJO RESPONSABILIDAD DEL TRIBUNAL
MILITAR TERRITORIAL PRIMERO

LETRA O

OLAIZOLA SALVIDE CELESTINO MADRID 103590 967 /”

Interesante también el libro escrito por Juan Carlos Jiménez de Aberasturi y Rafael Moreno Izquierdo, titulado *“AL SERVICIO DEL EXTRANJERO: HISTORIA DEL SERVICIO VASCO DE INFORMACIÓN (1936-43)”*, 2009.

Relatan estos autores, cómo al final del proceso, el segundo proceso, el aita fue absuelto:

Finalmente, por disenso del auditor, el asunto pasó al Tribunal Supremo de Justicia Militar. La vista en esta instancia se celebra el 18 de septiembre de 1942, dictando una nueva sentencia que revocó la anterior y en la que las penas aparecían distribuidas de la siguiente manera:

* Luis Álava Sautu: pena de muerte.

* Iciar Múgica Irastorza, Felipe Oñatevia Carmona, Victoria Echevarría Aguerrebere, Julián Arregui Garaygordobil, José Echeverría Artola y Esteban Echevarría Aguerrebere a 30 años de reclusión mayor.

* Rafael Latasa, Agustín Ariztia Ibarra, María Teresa Verdes Elorriaga, Rafael Gómez Jauregui, Luis Cánovas Luengo, Inocencio Tolarechipi Icuza y Modesto Urbiola Oroquieta, a 25 años de reclusión mayor.

* Absuelto: Celestino Olaizola.

Texto del libro de Jiménez de Aberasturi y de Moreno (2009)



Colaboradores de la red «Álava», junto a su jefe, en la cárcel tras su

Aita con sus amigos de la “Red Álava”, en la cárcel (1942)

¡Fijaos en la fecha del juicio, 18 de setiembre de 1942! Esta fecha a todos nos concierne, pero especialmente a Isabel y Ramoni, porque justamente Isabel tenía dos

meses y Ramoni dos años recién cumplidos, cuando al aita le absolvieron de la pena de muerte que la fiscalía pedía.

No os voy a contar el libro, os he dado la referencia necesaria para que lo compréis, pero sí os anticipo que Isabel fue engendrada entre el primer y el segundo juicio que le hicieron al aita. Sin mayor dramatismo, se podría decir que:

- No fuisteis huérfanas de chiripa
- Y que Maritxu, Lurdes y yo estuvimos a punto de...

Pero, una de las reflexiones que con mayor ímpetu me conturba es imaginar el deseo de concebir (a Isabel, en este caso) en el intervalo de dos juicios en los que al aita (que entonces tenía 32 años y que precisamente hoy, 16 de abril de 2020, cuando escribo estas notas, hubiera cumplido 110 años. Zorionak, aita!), le pedían la pena de muerte.

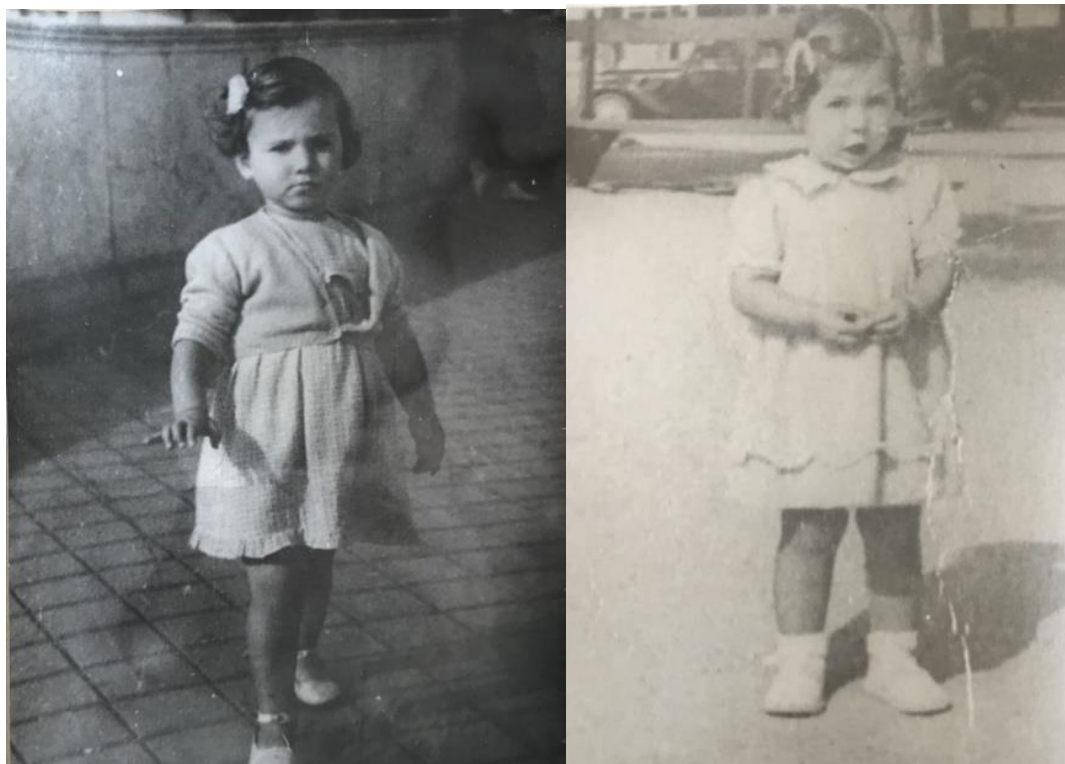
El año en que nació Ramoni fue tremendo en el Mundo, en España, y en Euskal Herria también. Ese día no se publicaron en San Sebastián los periódicos La Voz de España ni el llamado Diario Vasco. Es posible que Ramoni trajera ya al nacer su impronta de ser capaz de parar el tráfico, como lo podía hacer ya desde jovencita, pero la causa no fue esa. No se editaron esos periódicos porque los lunes sus mentiras y medias verdades se difundían a través de medios de comunicación más ligeros (posiblemente La Hoja del Lunes), pero al día siguiente sí, al día siguiente editaron estas primeras páginas.

En ambos casos, las noticias son terribles. En ambos se refleja una época cruenta en que los fascismos alemán y español se enseñorearon sin piedad en Euskal Herria. No voy a destacar más comentarios, únicamente resaltaré el hecho de que el día que nació Ramoni, la U.R.R.S. anexionaba a aquellas Repúblicas Bálticas, a las que nuestro País siempre ha dedicado signos de afecto, principalmente cuando supimos en 1991 que habían vuelto, otra vez, a ser independientes.

LOS PRIMEROS PASOS EN LA CALLE PUERTO.

De aquellos lejanos años guardamos algunos recuerdos vívidos y otros más en nebulosa.

La primera nebulosa que recuerdo haber oído, y que la ama contaba con relativa frecuencia y con una gran sonrisa, se refería a una pequeña costumbre que de pequeñita parece ser que tenía Ramoni. Sucedió que, en la calle, posiblemente en la misma calle Puerto, frente al portal, cuando hacía caca, tenía por costumbre moverse y cambiar de sitio con cada pequeña caquita. Por eso, la Xele le puso de nombre la *txoronguillera* de cuatro caminos.



Ramoni





En todas ellas, la ama con Ramoni

No tengo las fechas de estas fotos de Ramoni, pero no parece superfluo suponer que todavía era hija única, antes de nacer Isabel, poco antes de esa fecha siniestra de 18 de setiembre de 1942, cuando su aita estaba en prisión, en Madrid, esperando el juicio en el que el fiscal pedía su muerte.

No tengo datos definitivos para confirmarlo, pero me atrevo a pensar que, en aquel contexto en que, de recién casados el aita estuvo preso en la cárcel de Ondarreta primero y luego en la de Lasarte, el cariño, el amor con que su ama, Barbari, cuidó a Ramoni tuvo que tener un calor especial. Me imagino que la ama y su hija Ramoni tuvieron que estar muy unidas, en aquella casa grande donde además vivían la amona Fermina, la amona Isabel y el osaba Antxon; en aquella casa donde no tenía posiblemente la intimidad que ella deseaba.

Por eso, encuentro sentido su comentario muchas veces repetido de que solía pasear con Maitere Insausti, esposa de Félix Erdocia, por el castillo, cada una llevando en su cochecito a su hija, Ramoni, y a su hijo, Miguel, que era un par de meses más joven que Ramoni. Incluso recuerdo la cuesta, cerca del Cementerio de los Ingleses, donde la

ama nos decía que en uno de los paseos con Maitere se las vieron canutas porque se les escapaban, cuesta abajo, los cochecitos de la niña y el niño.

Posiblemente, la Aurora no estaría lejos de las confidencias de la ama. Recuerdo que la ama era una defensora a ultranza de ella. La Aurora era una mujer valiente, muy valiente, posiblemente con un pensamiento más moderno que el resto de las amigas (luego matizaré el término de amigas) de la ama. Ella era en su familia la que, como modista, muy buena modista, aportaba los ingresos principales; ella, como modista, trataba a muchas mujeres de postín de Donostia; era , se decía, la que llevaba los pantalones en la familia (en la época esto incluía una importante censura social); era menos religiosa que las demás madres (así llamábamos al conjunto de madres, casi madres colectivas, que nos cuidaban, que nos protegían, porque todas tenían derecho a reñirnos, o a darnos la merienda, o a secarnos en la playa o en el Castillo). También sus dos hijas, Aurori (1941) y Malus (1944), eran, a impulso de su madre más modernas: escuela francesa, pantalones, un poco más descaradas pero a la vez más cariñosas, más auténticas, etc.

Cuando el 19 Julio de 1942 nació Isabel, su aita estaba en la antesala del juicio. Estaba en Libertad, pero en una libertad condicionada por inmensos miedos, pues sabía, en realidad sabían porque en tales situaciones el riesgo de uno se comparte, cómo no, con la persona que quieres.

En la primera foto que sigue, vemos a la ama con sus dos hijas, ella sola con Ramoni e Isabel, posiblemente en *Alderdi Eder*; posiblemente en las mismas fechas en que podría estar celebrándose el Juicio, porque Isabel, todavía en mantón, podría tener unos dos o tres meses (Haced cuentas).



Ama, Ramoni e Isabel



Aita, ama, Ramoni e Isabel

En la foto segunda, ya está la familia más al completo: ama, aita, Ramoni e Isabel. Isabel tiene ya más de esos dos meses que median entre su nacimiento y el juicio. Aquel juicio cabrón que, si bien absolvió al aita (siempre, al escuchar la versión de esta absolución, entendimos que se debió a la incapacidad del Jurado de conciliar los nombres de Celestino Olaizola, a quien se acusaba, con las actuaciones de un tal Xele) fue tan injusto para sus amigos que, además de llevar a ejecutar al jefe, a Luis Álava, mantuvo en prisión a sus amigos, dejó en el aita una profunda tristeza y le afianzó en mayor grado todavía en su desafío al Régimen Franquista.



Ramoni e Isabel

Con el nacimiento de Ramoni e Isabel ya empezó a consolidarse una familia que al poco llegó a ser numerosa, incluso numerosa de mayor categoría cuando nació Lurdes, según habéis visto en una foto anterior

La foto siguiente, en la playa, encierra un pequeño misterio, pues incluye una dedicatoria hecha por la ama y dirigida a una tal Sra: Ydolita (no está clara la grafía). No tengo referencias de quien sea esa Sra., pero intuyo que es alguien lejana, no afecta al grupo íntimo de la familia, porque en la dedicatoria me cita a mí como Ignacio, nombre que yo nunca he oído en casa, y a Ramoni, como Ramona.

Dice la dedicatoria: *"A la Sra, Ydolita(¿??), recuerdo de, Ramona, Isabel e Ignacio"*.



Ramoni, Isabel e Iñaki en la playa

Por fin, el 21 de setiembre de 1946 llegó Maritxu, y así se completó lo que, durante muchos años, hasta nacer Lurdes, fue nuestro núcleo familiar, cuando éramos aita, ama y los cuatro hermanos (abusando de la más que dudosa licencia de género).

Todos recordamos que de pequeñita estuvo muy enferma, y que le atendía la Dra. Pilar Lois, una pediatra que tenía su consulta en el primer piso de la Avenida, en el Nº 4, tocando el portal, el Nº 6 de la tía Ramona y del tío Antonio. Con extrañeza oímos que lo que curó a Maritxu de aquellas diarreas terribles, que la deshidrataban, fue un

emplasto a base de caracoles que envueltos en un paño le aplicaban sobre su tripa. ¡Así se salvó!

En la foto siguiente, el 8 de julio de 1948, ya plenamente recuperada (¿???), sin siquiera haber cumplido dos años, los cuatro en la playa.



Ramoni, Isabel, Iñaki y Maritxu (8/7/1948)

En la foto siguiente, posiblemente el día de su segundo cumpleaños, que en nuestra casa se celebraba por motivo doble, al coincidir el cumpleaños de Maritxu con el aniversario de boda de aita-ama, ya aparece más recuperada.



Ramoni, Isabel, Iñaki y Maritxu, en Alderdi Eder

Aquel grupo de madres colectivas que ya he citado era elástico. Algunas eran permanentes en la playa por la mañana o en el Castillo por la tarde. Las más permanentes eran Maitere, Lolita y Pepi, del clan de los Erdocia. Luego, Bixi Ayestaran, nuestra ama, Carmen Lekue, Maria Luisa de Zumaia, Aurora en pocas ocasiones... Pero de entre todas, tengo la percepción de que Maitere fue la persona más cercana a la ama,

y a nosotros; que, de haber confidencias, ella sería la destinataria de la misma. De hecho, muchos, muchísimos años después, Hacia el año 1990, cuando Maitere se puso enferma, perdió un poco la cabeza, la ama le visitaba diariamente, en su casa de la calle San Jerónimo, y, muchas, muchas veces, se iban al Boulevard o a Alderdi Eder. Las recuerdo a las dos en un banco, cogidas de la mano y hablando de sus cosas que, posiblemente, guardaban relación con sus confidencias de aquellos años duros de lo que se convino en llamar posguerra.

El rebaño que cuidaban aquellas madres colectivas era numeroso e incluía en numerosas ocasiones chicos y chicas cuyas amas no comparecían. Citaré, de memoria, algunas piezas del rebaño cuya sede central era la calle Campanario: Miguel, Juan, Josetxo, Felixito, Javier, Mari Loli, Joserra, Mari Carmen, Iñaki, Garbiñe, Juan Cruz, Iñazio mari, Arantxa, Aurori, Malus, Txema Fagoaga, Ángel, Inas Barrena, Juan Tomás, Tina, Josetxo Zabala, Ana Mari, Nicolás Andonegui, Iñazio Mari, Javier Dendariarena, Patxi Diago, Alberto Ituarte, Enrique Laborde, Maite Sánchez...

Ramoni, y también Isabel eran un poco mayores para integrarse plenamente en este grupo, así, ambas tenían amigas más particulares que las del grupo de la calle Campa. Ramoni, con Nati y las demás chicas de su cuadrilla; Isabel, con Mari Nieves Sotés y Mari Carmen Oiarzabal, por ejemplo.

Ya íbamos creciendo, poco a poco. Digo esto, porque la ama se preguntaba: ¿Cuándo crecen los niños, de día o de noche? Ella tenía una vara especial para medir: nos medía por palmos, Recuerdo que, sobre Lurdes, mientras dormía, le media la estatura por palmos, empezando desde la cabeza a los pies. El gesto de medir por palmos era habitual en la ama, no solamente en relación con nuestra estatura, sino también para medir el largo de una falda o de un pantalón, el tamaño de una mesa, o cualquier elemento del ajuar de la casa. A propósito de la estatura, recuerdo que en el marco de la puerta de la cocina el aita, de vez en cuando, nos solía medir haciendo escuadra con no sé qué, y marcando una raya, bien visible, en ese marco. Yo creo que los cuatro nos estirábamos todo lo que podíamos...

Así íbamos creciendo:



Ramoni, Isabel, Iñaki y Maritxu, en Alderdi Eder

A propósito de estas fotos, en alguna ocasión he oído decir a Ramoni que a ella le queda el recuerdo de que de niñas-niños vestíamos muy bien. En esos años no existían las tiendas *Prêt à Porter*, como las conocemos ahora, y este comentario me trae al recuerdo a aquellas modistas de la calle Campanario Nº5, a quienes con cierta mofa se les llamaba LAS BALENCIAGAS, en correspondencia evidente con aquel famoso Cristóbal. Yo creo que las modistas eran dos o tres hermanas, y aún siendo yo pequeño, recuerdo cómo íbamos a probar las ropas que ellas nos hacían.



Ramoni, Isabel, Iñaki y Maritxu, en La Muralla

La última foto, la de la muralla, posiblemente está sacada con una máquina, *Kodak Retinette*, que le trajo de Alemania alguien de la familia Lerch al osaba Antxon, con quienes había trabajado en el despacho que tenían en la calle Garibay. Muchas veces, después de comer, camino del cole, nos sacábamos algunas fotos. Ramoni e Isabel, a la Escuela Francesa; yo, al Sagrado Corazón, en la calle Sánchez Toca; y Maritxu, a las Teresianas, en el paseo de Francia. Me resulta curioso ver cómo yo iba vestido con chaqueta y corbata al cole.

AITA ETA AMA

He tratado de insinuar que, posiblemente, la ama (Barbari) vivía atormentada con tanta gente alrededor y con el marido (Xeie) preso, y que por ello el recogimiento con Ramoni, su primera hija, sería muy íntimo, muy goxua. Baso esta hipótesis en el comentario que en ocasiones la ama hacía al decir que ella en aquella época se sentía desvalida, y que lloraba mucho. De hecho, recuerdo que en más de una ocasión la ama, al vernos a las hijas-hijo casados y en nuestro piso, solos con nuestra pareja, nos decía que ella nunca tuvo esa suerte.

Al hilo de este comentario, cabe recordar también cómo nos contaba que tuvo algún roce con su suegra, la amona Isabel, cuando la ama, por ejemplo, echaba a la basura alguna tapa vieja de alguna cacerola vieja, y cómo al levantarse su suegra la sacaba de la basura y la volvía al armario.



Amona Fermina, Ramoni y Amona Isabel

En la foto vemos a Ramoni cuando tendría unos dos años, y, posiblemente, mientras su aita estaba en pleno proceso judicial de aquel tribunal fascista. En la foto parece que se aprecia que la amona Isabel (Donostia-Igara, XXXX; Donostia, 1944) es bastante mayor que la Amona Fermina (Zaldibia, 1885; Donostia, 1960).

Conviene recordar que la amona Isabel fue la segunda esposa del aitona Ignacio (el de la regata de Carril), y tal vez se casara no en su primera juventud. No sabemos

demasiado acerca de ella, pues falleció a los pocos meses de nacer yo, pero sí tengo el recuerdo de que al hablar de ella con nuestras primas Ana Mari y Maribel, aprovechaban la ocasión para echarle algún puyazo. Claro, aunque ellas le llamaban amona Isabel, no era ciertamente su amona, por cuanto que era la esposa de su aitona, pero no la madre de su aita, el tío Joxe. Entre los cariñosos puyazos citaban que a la amona le daba bastante al moñoño. También, y esto lo decía frecuentemente el aita, sabemos que la amona guardaba en la cocina unas varas con las que, de vez en cuando, le calentaba las piernas a su hijo, nuestro aita. Poco, nada más en realidad, sabemos de ella.

Del aitona Ignacio también sabemos poco, o casi nada. Sabemos que murió en 1938-1939. Sabemos que más que pescador, fue marino; que cuidaba el balandro del Rey; que estuvo en la guerra de Cuba y que allí lo cogieron preso y lo llevaron a Canadá. Este episodio es difícil de contextualizar; yo lo he intentado, pero nunca he conseguido un argumento cabal a este misterioso viaje a Canadá. Apenas sabemos nada de la familia de su primera esposa, la madre del tío Joxe. Como veis, somos una familia bastante, muy, indocumentada. ¡Es una pena! Tampoco el aita nos habló mucho de ellos, solamente recuerdo que nos transmitió que un día su aita le castigó porque en la calle, nuestro aita y su cuadrilla, se mofaron de una persona mayor. Esta idea, la idea del respeto a los mayores sí la tenía nuestro aita, que siempre se ha manifestado muy respetuoso con las personas mayores. A este respecto, recuerdo que nuestra ama estaba un poco celosa de que el aita tratara siempre de modo goxua a su suegra, la amona Fermina, de lo que ella misma lo hacía.

De nuestros aitona-amona maternos, aunque solamente un poquito más, en realidad poco sabemos, pero cuando hemos visitado las casas donde nacieron y hemos mantenido trato próximo con ambas ramas familiares.

El aitona Gracián (1880; 1926) nació en el caserío LAKUMIA de Zarautz. Era *bixki* de otro hermano en una gran familia de no menos de diez hijas e hijos. Parece que desde muy joven fue albañil y no sé dónde conoció a la amona Fermina, estando ya los dos trabajando en Donostia. Alguna vez, la amona Fermina contaba que de novios le pidió el postre del amorío que compartían, pero que ella le dijo que no; que primero casarse.

Trabajando de albañil en la construcción de una casa en la avenida de Francia, casa que todas las hermanas-hermano conocemos, porque de niños, al pasar junto a ella con nuestra ama, teníamos la costumbre de santiguarnos, en señal respeto. Se cayó del andamio y falleció el año 1926, justamente cuando tenía 46 años.

Nuestra ama siempre ha recordado con mucho cariño a su aita. A pesar de que tenía solamente diez años cuando murió su aita, lo recuerda como un hombre muy goxua, que siempre le consolaba de las broncas de su ama. De manera especial, nuestra ama guardaba un inmenso cariño hacia su aita cuando recordaba que con infinita paciencia su aita le ayudaba a deshacer los nudos de los cordones de los zapatos. *Oso on zan!*, decía todavía con emoción.

Algunos años, el 26 de junio, día de san Pelayo, íbamos con aita-ama a Zarautz, al caserío *Lakumia*, donde Antonio, e primo de nuestra ama, y su esposa, nos recibían muy bien. Recuerdo un año en que me propusieron quedarme para un par de días. Los aita-ama y mis hermanas volvieron a casa y yo me quedé allí entusiasmado con ver cosas que nunca había visto hasta entonces. El ukullu, entrando a la derecha, ocupaba el lugar preferente de la casa. Enfrente estaba la cocina, en la que ya no entraba una mosca más. Del ukullu, el animal que más me gustaba era el caballo, con el que, enganchado a un carro que me dejaron guiar, fuimos al centro de Zarautz a repartir leche, recoger txerri-jana, y llevar algo de fruta o de verdura. El tío Antonio y toda la familia andaban muy atareados con la *sega* y otros muchos trabajos más. A mi dejaban usar el rastrillo para recoger la hierba que ellos y ellas iban segando. ¡Esta parte fue una gozada!

Más complicado fue lo de la comida; yo siempre he sido un milindris, y ver aquella cocina tan distinta la nuestra, me quitaba las ganas de comer. Creo que en los tres días que estuve, apenas probé bocado. Pero eso no fue lo peor.

Mas adelante os contaré que en aquella época, el momento de lo que os estoy contando fue el año 1952, cuando yo tenía ocho años, en aquella época repito, el uso del orinal era lo habitual. En la familia de la edad sólo tenían un hijo, Josemari, varias hijas. A mi me asignaron el cuarto con Josemari, que estaba encima del *ukullu* y a través de los agujeros de cuyo suelo subían todos los ruidos y todos los efluvios del ganado.

Josemari era unos cinco años mayor que yo, y era ya, a mi vista, un chicarrón que tenía casi bigote, y *bixarras* en las piernas.

Algo os contaré luego de las ventajas e inconvenientes de estar emparedado entre dos hermas mayores y una menor (Lurdes no había nacido todavía), porque cuando, antes de meterme en aquella cama, recordé que aquel día, como otros muchos días posiblemente, yo, en lugar de calzoncillos llevaba bragas de mis hermanas, me entró el pánico. Utilicé mil trucos para que Josemari no me viera vestido (desvestido) así, pero luego al rato, cuando le vi mear en el orinal todavía la cosa se puso más seria. Yo aguantaba las ganas de hacer pis, porque me avergonzaba que pudiera verme tan flacucho, tan niño, y, además, con bragas. Josemari se portó muy bien conmigo y no sé si descubrió mis vergüenzas, pero, si lo hizo, yo no se lo noté. Cuando al cabo de muchos años supimos de su muerte, cuando todavía era joven y tenía varios hijos, sentí una pena profunda, pues con él vinculaba yo una de las historietas de mi vida que tanta preocupación me causó. La causa de su muerte fue que, tratando de abrir una botella de sidra, sin sacacorchos, la apoyó contra su vientre, para que, empujándola con fuerza contra una de las púas del *sarde* meter el corcho hacia dentro. Se le reventó la botella y parte de sus intestinos quedaron al descubierto; una septicemia traidora lo mató.

También tratábamos a alguna tías y tíos de la ama. No los citaré, pero sí os comentaré que, cuando venían a Donostia, incluso desde América como el tío Lentxo por ejemplo, sea para hacer compras o para ir al médico, casi siempre nos visitaban. A propósito, cuando he citado *¡Ay, aquellos nombres!*, la mayoría de ellos proviene de esa saga de Zarautz.

Continuando con estas breves pinceladas acerca de nuestros aitona-amonas, os contaré que la amona Fermina nació en el caserío *ZUNZUNEGI* de Zaldibia. Que siendo todavía adolescente bajó a servir en casa del médico de Ordizia. Que en esa época ella estaba convencida de la existencia de las *sorgiñas* en *Ñañariko Punta*; que conoció en la casa donde servía, el uso de bombillas eléctricas que ella, un día, pretendió apagarlas con un soplido; que le pareció imposible que su jefa, la etxekoandre de la casa pudiera hablar a través de una máquina, con su hijo que estaba estudiando medicina en Madrid, que, por lo que le contaron, estaba muy lejos.

Cuando éramos niñas-niño, algunos veranos íbamos a ZUNZUNEGI, y allí descubrimos que las patatas no venían de la tienda, de la Hermene, sino que se sacaban de la tierra con una atxurra. Hacíamos tumbas que tapábamos con tierra, y corríamos por el monte, pero nuestra ama descubrió que aquello no eran vacaciones; que no era posible hacer vacaciones en una casa en la que su tía de allí, aunque muy imposibilitada quería seguir mandando, sobre ella y sobre los demás; que no era posible hacer vacaciones con cuatro niñas-niño en una casa donde no había agua corriente; donde las moscas...

Una hermana de la amona Fermina, Joxepa, se casó a Lasarte al caserío ZUBILLAGA, y allí sí que les visitábamos con relativa frecuencia, pero si os cuento en detalle estas historias alargaría, tal vez, excesivamente el propósito de este trabajo. No obstante, más adelante os contaré alguna anécdota que sucedió allí.

En el escenario en el que os he contado que vivió la ama en sus primeros años de casada, no sorprende demasiado el ansia de nuestra ama por vivir en un piso sola con su marido y sus hijas-hijo, porque convivir con las dos amonas no debía ser tarea fácil.

Si bien este trabajo tiene como objeto revivir algunos episodios de la vida de Ramoni, soy consciente de que, una vez contadas algunas cosas del aita y de la ama, sería oportuno esbozar una reflexión general acerca de ambos. Diré, por ejemplo, que del aita tenemos un relativo conocimiento de lo que hizo hasta la edad adulta, hasta que se casó. Sin embargo, de la ama sabemos poco, muy poco, casi nada.

El aita fue al colegio de San Antonio; según él mismo nos ha contado, no le gustaba demasiado la escuela, y en aquella época hizo más de una chitarra, entre otras la que hizo el día que, habiéndose hundido en la Concha un barco cargado de cacahuetes, el aita, sin ir a la escuela, subió a bordo del barco varado en la playa, y en aquella aventura, nos contaba él, perdió la cadena escapulario que llevaba colgada del cuello, lo cual ocasionó una paliza que le dio su ama, la amona Isabel; que entre sus amigos de la niñez-adolescencia, estaba el de la Velería, la Aurora, Errasti, Patxi Sánchez, José Urresti, el que se casó con Carmen, la hija de Victorio Luzuriaga; que fue *dantzari* e inauguró la *espata-dantza* de Guridi; que fue remero del URKI, y campeón de España de

canoés; que trabajó en el Garaje Internacional, su primer trabajo como aprendiz; que, un día, en bicicleta, tiró al agua a un viandante sobre el portón de cierre del dique; que le dio un susto mortal a su aita el día que en el balandro del Rey (Alfonso XIII, que estaba a bordo), uno de cuyo marineros era su aita, Ignacio, se escondió en el pañol de velas y, al no atender a los gritos de llamada, todos pensaron que se había caído al agua. Cuando, al rato, apareció, le zurraron la badana; que trabajó en la Draga Jaizkibel, de la Junta del Puerto de Pasajes, que puso un taller en el muelle, donde precisamente ahora está el restaurante *La Rampa*, que...



Aita con Félix y otros preparando la yola; Bailando no sé qué, ni dónde

De la ama sabemos que tuvo una infancia desdichada, o cuando menos no-feliz. Cuando apenas tenía diez años, su aita, Gracián, que era albañil, se cayó del andamio en una obra que estaban haciendo en la Avenida de Francia, y se murió. Su ama, Fermina, tenía cuarenta y un años y tenían tres hijas, de catorce, doce y diez años, y un hijo, Antxon, de solamente cuarenta días. Vivían, hasta entonces en Ategorrieta, en la casa llamada *ITURRITXO* (en esa misma casa nació la ama), y que ahora, 2020, parece que hay un proyecto para derribarla y hacer nuevas viviendas

Barbari (1915-1992) aprendió bien pronto que el mundo había cambiado. Aprendió que la asadura, que cuando vivía el aita comían los domingos, se convirtió en un lujo para comer más de vez en cuando. Si antes eran pobres, decía, cuando murió el

aita éramos, todavía, más pobres. Se acabó el ir a la escuela, a donde, por cierto, iba muy contenta, y empezó a tener obligaciones que modificaron su vida.

De la escuela, LAS ADORATRICES (que luego, años atrás, tan mala fama tuvieron por verse comprometidas con el robo de niñas y niños recién nacidos), añoraba a una de las monjas, Madre Benita, con quien mantuvo correspondencia hasta que, un día, ya no hubo respuesta a una de las cartas que le escribió. Madre Benita estaba en un convento de Toledo, y en cierta ocasión, en el año 1966, yo acompañé a la ama a visitarla. Intuí que ambas deseaban una visita privada, entre las dos, y yo busqué una excusa para retirarme. Cuando unos cinco años después no tuvo contestación a una de sus cartas, al estimar los años que la monja a quien contaba algunas de las cosas de su intimidad podría tener, no se sorprendió; supuso que se habría muerto. Que era una muerte que tocaba, ya. Siempre la recordó con mucho cariño; siempre agradeció el trato goxua que le dispensaba desde que la conoció en la escuela. Incluso, decía Barbari, siempre le dio buenos consejos en las cartas que le escribió.

Como consecuencia del fallecimiento de su aita, a los diez años tuvo que asumir nuevas responsabilidades; nuevas y grandes responsabilidades. Su ama, Fermina, empezó a trabajar de interina. Al enviudar le compensaron con una paga de 16.000 pesetas. Era dinero, pero un dinero que ella nunca se atrevió a gastar; que ella guardó por si acaso un día surgía una necesidad mayor, todavía, que la gran necesidad que sufrían todos los días... Cuando Fermina falleció, en 1960, tenía, guardadas en una caja de galletas las nuevas pesetas que había canjeado de aquellas viejas 16.000 pesetas que nunca gastó. Fue la herencia que dejó a sus tres hijas y a su hijo.

Barbari, con sólo diez años, cuidó a su hermano Antxon. De repente, dejó de ser niña y asumió competencias que se suponía correspondían a las personas mayores. Casi nadie sabe cosas de la vida de Barbari cuando era joven: una vida invisible, sin referencias, sin amigas ni amigos. Cuidando a su hermano, y luego trabajando con su madre como porteras de la casa del Dr. Zatarain, en la calle Loyola, su vida debió de transcurrir, en el mayor de los anonimatos. De allí salió para casarse.



Ama, Barbari, en la calle Loyola (12/736)

Se reconoce el portal de la calle Loyola, y la foto está sacada el 12/7/1936 según consta en el dorso de la misma. Al repensar en la foto me vienen dos consideraciones:

- La ama tenía solamente 21 años; está muy guapa, y tiene una pose distinguida. Por el delantal que lleva, supongo que no ha querido ocultar su clase social (eran los porteros de la casa), que no ha querido aparentar un estatus social que no tenía. En numerosas ocasiones ella nos ha contado que eran pobres, y que, desde niña, consciente de la diferencia que introduce la clase social, pensaba que las mujeres ricas no podrían querer a sus hijas-hijos tanto como los querían las madres pobres. Es decir, que la clase social predetermina la configuración del amor. Al hilo de estos últimos comentarios, sucedió que, cuando yo me compré un Mercedes y teníamos una casa muy bonita en Ategorrieta, al verse ella en ese coche viniendo de nuestra casa bonita, recordó sus antiguas convicciones de clase social, y, tal vez, adecuó, como más le convenía, sus *pre-juicios*.

- Pero, lo que me deja más aturdido, es la fecha de esta fotografía, justamente tomada seis días antes de aquél tristemente famoso 18 de Julio de 1936, cuando empezó la rebelión franquista. Me sorprende que la víspera de aquél tan terrible acontecimiento se pudiera vivir en aparente normalidad. Yo sé que esto casi siempre es así, y, por ello, me da pie a suponer que el infortunio, la desgracia más tremenda, el caos total puede venir al día siguiente de una fecha en la que estás celebrando, con la mayor alegría, un festejo cualquiera. Sé, también, que no nos podemos sorprender de que así sea, pues es el caso reciente, actual más que reciente, del *CORONAVIRUS* dichoso que nos ha forzado, después de celebrar en familia con mis hermanas y sus maridos un festejo en nuestra casa el 13 de Marzo de 2020, día de nuestro 49 aniversario de boda, a quedarnos reclusos en casa justo desde el día siguiente, y, cuando escribo estas líneas, 24 de abril de 2020, llevamos ya seis semanas encerrados en casa, y, parece, la cosa va para largo, todavía. Todo esto nos lleva a interiorizar y a ejecutar todos los días ese talante tan propio de Ramoni, que nos recuerda la vieja y conocida declaración del *CARPE DIEM*, tópico literario en el que se anima a aprovechar el momento presente sin esperar el futuro. ¡También en esto tiene razón Ramoni!

Siguiendo con el relato de algunas historias de la ama, posiblemente un hecho que influyó mucho en su vida de jovencita, unos 17 años, fue la boda de su hermana Ramona con Ignacio, cuando ambos tenían 19 años, forzada por la hermana mayor, Lucía, que, al dejar un hombre en casa, se sintió libre para ir al convento. Aquel matrimonio fue un desastre y desbarató la poca alegría que podía haber en casa de la ama.

Nada, nada más sabemos de ella; no conocemos el nombre de ninguna amiga, de ningún amigo de su niñez o adolescencia. Apenas alguna pincelada de que tuvo algunos pretendientes. A uno lo dejó, porque dice que le mintió al decirle que vivía en el primer piso de una casa bonita, cuando de verdad vivía en el ático; otro, cocinero famoso de Beasain, le pretendía, pero a ella no le gustaba; que, en San Pelayo, algún año, fueron a Zarautz; no recuerdo haberle oído hablar de ningún otro viaje. Recuerdo haberle oído decir que la primera vez que comió un plátano fue ya de casada. Creo, pero

no tengo confirmación, que aita y ama se conocieron en el salón Saboya, en el barrio Gros. Sabemos con certeza, sin embargo, que lo que más aborrecía era la mentira, y repudiaba la acusación, el chivatazo. Creo que era muy buena depositaria de los secretos que pudiera conocer.

EN LA CALLE PUERTO, YÁ MÁS CRECIDITAS

El piso de la calle Puerto era un piso grande y antiguo. En él nació el aita el año 1910. Era el segundo piso desde la calle Puerto, pero las cinco ventanas que dan a la calle Campanario están, casi, a ras de calle.

El piso, aunque habitado por la familia desde el año 1909 (anteriormente vivieron en el primer piso, donde falleció el que hubiera sido el hermano mayor del aita, que también se llamaba Celestino, y el médico culpó la muerte a que el piso, tan sin luz, era insano), era alquilado, y la renta la pagábamos a través del Dr. Gastaminza, cuya enfermera, la Señorita Casimirín, se hartó de ponernos inyecciones a las cinco hermanas-hermano. El Dr. Gastaminza tenía la consulta en la calle Mayor, en la esquina, justo encima de la farmacia de Don León. Además de aita-ama y los cinco hijas-hijo, vivían con nosotros la amona Fermina y el osaba Antxon. Durante muchos años vivió también con nosotros Regina, una chica-mujer de Azpeitia que trabajaba haciendo los trabajos de casa.

También la Boni y su hermana la Facunda eran asiduas en nuestra casa. La Boni, que tenía una hija llamada Mikaela, vivía en el Nº 17 y venía a nuestra casa casi todos los días a hacer la colada y los trabajos duros de la casa. La colada era un trabajo durísimo para las mujeres. Yo recuerdo cómo, después de desayunar y salir hacia el Cole, la ama seguía en la fregadera aclarando en un barreño las grandes sábanas. Nuestra ama tenía entonces fuerza en las muñecas, y hacía falta, pues escurrir aquellas prendas tan grandes requería mucho esfuerzo.

Una parte importante de la colada era el lavado de los buzos del aita. La ama siempre le echaba bronca porque en vez de traer el buzo para lavar, de uno en uno, uno cada semana, los amontonaba hasta que se le acabaran y los traía, tres o cuatro, todos juntos.

Entonces no había los detergentes que hay ahora, y lavar aquellos buzos con aquella pastilla de jabón Lagarto era muy duro. A pesar de eso, cuando la ama se quejaba, la Boni le recordaba que más difícil sería hacer el trabajo que hacía el *nagusi*. ¡Qué trabajos tendrá que hacer para manchar así los buzos!, decía.

Un día, cuando Ramoni tendría unos 16 años y yo unos doce, sería el año 1956, la ama me pidió que la acompañara a comprar un balde en la EIBARRESA, una tienda sita en la esquina de la calle General (no sé Cuál de ellos) con la calle Aldamar. En lugar de comprar el balde, le dio la corazonada de que comprar aquella lavadora, marca *PITZ*, que se fabricaba en Mutriku, podría ser una buena idea. Era la época en que empezaba la moda de vender a plazos, y así lo anunciaban en La Eibarresa: “LAVADORA A PLAZOS, XX PTAS AL MES, DURANTE TRES MESES”. Así entró en nuestra casa aquel artefacto que simplemente era una cuba con una hélice roma en su parte baja, que embrollaba una barbaridad la ropa grande, que había que llenarla, a ojo, con una toma externa conectada al grifo de la cocina, y que había que desaguarla accionando una palanca después de haber colgado la goma de desagüe en la fregadera. Con todo, era un gran lujo, y creo que alivió mucho el trabajo de la ama.

Queríamos mucho a la Xele. La Xele, hija de Mantsilla, un arrantzale que vivía enfrente, en el tercer piso del número 22, con su hermana Pepi y su marido Leonardo, y con Ángel su hermano, pasaba mucho tiempo en nuestra casa; de hecho, creo recordar que mediaba una especie de pago para que la Xele nos cuidara. Seguramente todas las hermanas-hermano tenemos el recuerdo de jugar con ella echados en el suelo, haciendo *burrukas*. Luego, más tarde, la Xele se echó novio, pero aquello no funcionó bien pues la Xele enfermó; tuvo un problema de cabeza..., se decía entonces.



La Xele con Ramoni, Isabel, Iñaki y Maritxu, en Plaza Gipuzkoa (1947)

Los vecinos. El vecino más próximo era Nicolás, Nicolás Andonegi, que era de la edad de Ramoni. Su hermano mayor, Fernando, era más distante. Su ama, Andreteresa quedó viuda de Aniceto el año 1951, y para contribuir al sustento de la familia, Andreteresa tomó dos decisiones: empezó a coger puntos a las medias, recosiendo talones y remendando carreras carreras, y cogieron de *apopilo* a Don Lino Salaberria, un cura de Santa María que pasaba más tiempo en nuestra casa que en la suya. A Don Lino, natural de Lezo, le gustaba comer xangurro y tomarse alguna copita de vino, y por estas razones, y además porque era el confesor de la amona, nos visitaba frecuentemente. Incluso la relación entre los dos pisos era más solidaria porque, cuando Don Lino iba a ir a vivir a la casa de Andreteresa, que no tenía teléfono, nos pidieron que conmutásemos el nuestro. Conmutar, que era una palabra rarísima, consistió en que pudieran llamarle a nuestro número, el 15259, y que nosotros, con una palanca que se situó junto al teléfono, que estaba colgado en el hall, junto a la puerta de la calle, pudiéramos derivar, conmutar la llamada al piso de arriba, que sólo lo debían coger si llamaban por segunda vez, a la segunda llamada.

El caso es que Don Lino, que no era un cura cariños con los niños y niñas, nos vigilaba de una manera especial cuando íbamos a la iglesia: a confesar, a misa, a la catequesis, a comprar las bulas, etc. Posiblemente, Don Lino fue quien confesó a Ramoni para hacer la Primera Comuni3n. Posiblemente, puesto que estamos hablando de la Iglesia, Don Segundo Garaialde, párroco de Santa María, fue quien le bautizó y, también posiblemente, fue quien le dio la Primera Comuni3n, y, todavía más posiblemente, fue Don Segundo quien acompañó al obispo, aquel obispo fascista que inauguró la diócesis de San Sebastián, Don Jaime Font Andreu, el que estuvo presente el día de su confirmación, aquel 9 de febrero de 1951.

Cuando éramos pequeños la relación con los vecinos era grande. Dentro de nuestra casa conocíamos, casi, la vida y milagros de todas las puertas. En el primero, vivían los Elizondo, cuyo descendiente actual más conocido es Esteban, el organista. Pero más notorio que Esteban, en aquella época, fue el susto de Andreluisa, la amona de la familia Elizondo, cuando, de repente, vio colgar del techo de su cuarto las piernas descubiertas de una niña. Esa niña, evidentemente, era Ramoni. Sucedió que en el

cuarto que llamábamos del medio, frente a la puerta de entrada, la ama había decidido cambiar la vieja tarima por una tarima nueva. En ello estaban los carpinteros de la calle Ángel, que en una fase intermedia de su trabajo dejaron a la vista el cielo raso, esas tablillas de las que se suspende el techo de yeso o escayola, y se fueron al taller en busca de la nueva tarima. A Ramoni, que andaba por allí de vigilante de la obra, se le ocurrió saltar sobre ese cielo raso, y el resultado obvio, claro está, fue el susto que se llevó Andreluisa.

Cuando éramos niños, la sociedad que nosotros conocimos era más orgánica que mecánica. Quiero decir que las relaciones entre vecinos, por ejemplo, eran frecuentes, a modo de una cierta comunidad. Se sabía todo lo que pasaba en todos los pisos; se intercambiaban favores y/o servicios. Nuestra ama, por ejemplo, era la médica-enfermera de todos los vecinos. Era el primer nivel sanitario. Un día la hija de Rosa Mari, la hija de Lutxi, la del tercero izda, tenía catarro y, como su madre, Rosa Mari, había oído que era bueno le aplicó, a mogollón, tintura de yodo en la espalda. La niña se puso muy mal, y cuando llamaron a la ama, fueron inmediatamente a la farmacia, la farmacia de Don León que he citado antes. No era extraño que, de un piso a otro, nos prestáramos harina, sal, azúcar, patatas, o cosas así.

Con un toque de nostalgia me han venido a la memoria los vecinos de nuestra casa. En el primero, ya lo he dicho, vivían los Elizondo (Andreluisa, Antonio, Carmen, Antxoni, Esteban, Juan Antonio). El aita los conocía desde niños, pero no teníamos un trato muy grande con ellos; en el tercero derecha, los Andonegi (Aniceto, Andreteresa, Fernando y Nicolás) con quienes teníamos mayor trato, principalmente con Nicolás, que era asiduo y que murió de un tumor cerebral a los 18 años. A Nicolás todos le queríamos mucho. Andreteresa nos pedía de vez en cuando que le hiciéramos algún recado y fue en alguno de esos recados cuando aprendí qué era pan español, porque a ella le gustaba ese tipo de pan que vendían en la panadería de la calle Puerto; La Lutxi y su marido, Josemari Osoro, vivían en el tercero izda. Tenían dos hijas, Rosamari que se casó con Jenaro, y Maribel, que trabajaba en la platería Satostegi y que se casó con Mirasolain. Lutxi y la ama sí hablaban bastante entre ellas. Incluso, como Lutxi era pescatera y tenía un puesto en la pescadería de La Brecha, en ese ámbito de sociedad (vecindad) orgánica, nuestra ama le pidió que, sin mediar pedido, todos los días le trajera el pescado más

conveniente. Recuerdo que establecieron como referencia el valor de 25 Ptas. diarias. Así, cuando Lutxi llegaba a casa al mediodía, nos traía el pescado: gallos, fanecas, sapitos, cariocas, etc. Claro que esto sucedía antes de que el aita comprara a Ciriaco Arrizabalaga el NARRONDO, porque a partir de esa fecha, y Ramoni tendría 18 años, en nuestra casa hubo pescado a espuertas; Doña Angelita vivía en el cuarto, y le recordamos subiendo las escaleras muy curvado y con las manos a la espalda, pues ya debían pesarle los años. Tenían dos hijas, Pili era soltera y María Ángeles estaba casada y tenían una hija, Amaya, que ahora es médica. Doña Angelita era modista a ratos libres y a nuestra ama le hizo más de un vestido. María Ángeles tocaba el piano y cuando Ramoni tenía unos catorce años recibía clases de piano de ella. En el ámbito familiar todos sabíamos que era una superdotada, y estábamos convencidos, además, de que tocaba muy bien el piano (en ocasiones solíamos oírle desde la escalera), pero al aita aquello no le gustaba demasiado. Las clases eran al medio día, justo después de comer, y el aita, buscando una analogía fácil, pontificó que más que saber tocar el piano mejor era tocar el piano en la fregadera. Así, así de sencillo se acabó con algo que pudo ser muy bonito. Yo creo que Ramoni era más sumisa de lo que su espíritu siempre animoso aparentaba, y no recuerdo que plantara cara; la Mertxe y su marido Jesús, que era panadero en una panadería de la calle Reyes Católicos, vivían en el quinto izda. Tenían un hijo, XXXX, y una hija, María Jesús, justamente de la misma edad que Lurdes. En el ámbito, otra vez, de esa estructura orgánica de la vecindad, el panadero nos vendía harina, de la que usaban en la panadería. Sobra decir que en aquella época la harina era un componente básico, pues se hacían muchas croquetas, se tomaba mucha *aya*, se rebozaba mucho, se acompañaba con bechamel la coliflor, etc.; finalmente, la Agustina y su marido, que vivían en el quinto derecha, tenían una frutería en el mercado de San Martín. Nuestro aita y Agustina se conocían desde niños, posiblemente porque habían convivido en la misma vecindad desde que nacieron; tenían un hijo, Josetxo, tres años más joven que Ramoni. Se comentaba, se criticaba en la vecindad, que la Agustina hacía mal en trabajar fuera de casa tanto tiempo, porque con eso desatendía el cuidado de Josetxo, que pasaba solo horas y horas en casa. Agustina era muy negociante y nunca le interesó asumir compromisos orgánicos con la vecindad, por eso, no se estableció ningún acuerdo comercial entre ella y la ama. Además, el hacerlo hubiera supuesto un *casus belli*, porque la tía Ramona tenía frutería en *La Bretxa*, y esto hubiera sido un gran

conflicto. Recuerdo también alguna queja de la ama en el sentido de que, al hacer la compra, primero en la carnicería de Iñaki Gabilondo, que tenía el puesto muy cerca del de la tía, y después en la frutería de su hermana, no apreció, nunca, un trato de favor. *¡Nunca!*, decía la ama.

Y con este relato, tal vez un poco errático, he querido repasar las personas que Ramoni trató en el mismo portal donde vivió hasta los 22 años. Salvo Rosamari, que tendría unos cuatro años más que ella, y Fernando, unos dos más, el resto de los chavales y chavalas vecinos éramos más jóvenes, pero eso no le impedía participar en las muchas ocasiones en que jugábamos a *cogernos* apoyados sobre la barandilla de la escalera, en la pequeña rampa entre el portal y el primer piso.

Siguiendo con vivencias de aquel portal os recordaré que en la bodega Nicasio tenía un taller-almacén de albañilería, y que en ese portal el aita dejaba permanentemente su moto, una *Lambretta*. En aquella época, eran frecuentes los cortes de agua, principalmente en verano. Era frecuente oír en el patio *¡AGUA!*, lo cual significaba que alguna vecina reclamaba que se limitara en los pisos bajos el consumo de agua, porque a ella no le llegaba. Recuerdo que cuando oíamos el grito de *¡AGUA!* Hacíamos gestos de solidaridad y se pretendía restringir el consumo, para que llegara a los demás. Pero, en ocasiones esto no era suficiente, y ni siquiera a los pisos bajos llegaba el agua. Afortunadamente, en el portal había una portezuela que escondía un grifo de agua. Allí solíamos bajar con un cubo a coger agua y subirla al piso. Pero incluso esto no era lo más grave, pues recuerdo que en alguna ocasión incluso íbamos al muelle, a las escaleras del muelle debajo del Portaviones, a coger agua salada para utilizar en el retrete cuando se trataba de aguas mayores. Para las aguas menores no se echaba la bomba. A Andreteresa le subí, en más de una ocasión, algún balde de agua desde el portal.

Y puestos a hablar del agua del muelle, en más de una ocasión íbamos con un cazo al muelle, a las mismas escaleras que acabo de contar, para traer a casa agua salada para que las almejas echaran todo lo que tenían que echar, principalmente arena. Antes de coger el agua, desde las escaleras barriamos la superficie del agua con el cazo, para eliminar la capilla de gasoil habitual, y luego profundizábamos con el cazo pata recoger

agua limpia. Era espectacular ver en casa el alcance de los chorretes de agua que echaban las almejas. Impresionante, también, la cantidad de suciedad que desprendían.

Santa María: De la Primera Comunión de Ramoni, cuando tenía siete años, poco me acuerdo. Yo sólo tenía tres, pero a base oírlo contar en casa y ver alguna de las fotos de entonces, pero que ahora no encuentro, sé que aquel día llovió, y que vestida con aquél traje blanco, almidonado, que luego lo usaron Isabel y Maritxu, y no sé si Lurdes también, el aita la llevó en brazos hasta Santa María.

Todos los domingos, salvo los de verano, íbamos a la catequesis. Entrábamos a las tres y media y salíamos a las cinco; la entrada era por la sacristía y las clases de catecismo subiendo por unas escaleras interiores, detrás del Camarín de la Virgen del Coro. Aprendíamos el catecismo de memoria: *“¿Soy cristiano? Soy cristiano por la gracia de Dios”*. *“Qué quiere decir cristiano? Cristiano quiere decir...”* Así pasábamos parte importante de las tardes de los domingos, aprendiendo de memoria aquellas parrafadas que apenas entendíamos, ni nosotros ni las profesoras que nos daban clase, que eran mujeres del barrio, muy devotas pero tal vez no demasiado ilustradas.

Una vez al año se hacía una suerte de rifa en la que a la mayoría nos tocaba una prenda: un jersey, una bata, unos pantalones, una camisa, un camisón... Aquellos premios los recogíamos con gran ilusión y en casa eran bien recibidos. Era época de escasez y, en general, en todas las familias se recibían estos regalos con satisfacción. ¡Sé que Ramoni recuerda la ilusión con que recibía estas prendas!

También solía suceder que a la salida de la catequesis coincidíamos con el aviso de algún bautizo. Ramoni y los que le seguíamos también, aprendimos a bucear por el suelo entre las piernas de los demás para sacarnos una paga complementaria, pues entonces era costumbre que los padrino-madrina, y todos los demás, echaran *arranpulla* unos cuantos céntimos. Para estimular una mayor lluvia de monedas, cantábamos:

Bautizo cagao,	si cojo al chiquillo,
que a mí no me han dau,	lo tiro al tejau

Pero la práctica de ir a la catequesis en ocasiones era complicada, porque los domingos comíamos tarde; sobre todo porque el aita, y más todavía el osaba Antxon,

venían a comer tarde, muy tarde, después del chiquiteo, como era su costumbre. Yo recuerdo que antes de salir de casa nos daban una pequeña paga, unos céntimos, pero que eran suficientes para comprarse algo en la cestera que se colocaba en las mismas escaleras de la calle Mayor. Solíamos comprar caramelos, globos, unos sobres que mezclados con agua salía naranjada, y, también, en la sección de joyería de la cesta, unas sortijas que debían ser de hojalata. En concreto, no sé si esto le pasó a Ramoni, pero a mí si me pasó que después de ponérmela en el dedo, luego no me la pude sacar. Recuerdo a la ama intentándolo con jabón, y, por fin, al aita con unos alicates. Posiblemente Ramoni no compró nunca un anillo, porque, ya desde entonces, ha sido muy buena administradora de los dineros. Creo que los guardaba. Intercalaré en este relato, algo que pasaba algunos años después, y que lo conocemos a través de que Maritxu misma nos contara que, como sabía que Ramoni solía tener dinero en el bolsillo del abrigo, ella, antes de salir de casa, hacía un repaso por todos los bolsillos de las prendas de Ramoni. ¡Como lo dice Maritxu, seguro que es verdad!

Otro cesterero importante era el del primer *arkupe* de la plaza Consti; era del hermano del de la frutería de delante de nuestra casa, y todas las noches guardaba el carro de chuches en esa frutería. Era un misterio ver cómo entraba aquel carro grande en una tienda tan abarrotada siempre. Había otros cesteros o cesteras: Uno, en las Portaletas; otra en el primer *arkupe* del Bulevar, esquina San Jerónimo, pero también en *MOCOROA*, ahora *SOLVES*, solíamos comprar por diez céntimos un montón de pipas con las que llenábamos el bolsillo.

Desde que hacíamos la primera comunión (por cierto, ayer, 15 de abril, fue el 69 aniversario de la mía) era práctica obligada confesar todos los sábados.



Maritxu, Iñaki, Ramoni e Isabel (15/4/1951)

Cada uno teníamos nuestro confesor preferido (el mío era Don Eusebio), pero no recuerdo quién era el de Ramoni (¿Don Juan? ¿Don Lino? ¿Don Serapio? ...), lo que sí recuerdo es que Ramoni decía que se tenía que inventar algunos pecados, todos veniales, claro está, porque de verdad ella no era consciente de hacerlos.



Ramoni con aita, en Alderdi Eder

En una ocasión Ramoni e Isabel fueron a Bilbao con el aita a visitar a la Tía Monja, que estaba destinada en el sanatorio de Santa Marina.



Ramoni, Isabel y la Tía Monja

Cuando cumplíamos los 16 años hacíamos la Comunión de Perseverancia. Creo que Ramoni vincula esa práctica con la situación de enfermedad y de pobreza de una amiga y vecina. En el imaginario, o realidad, de esa época, Ramoni sufría porque en casa de Conchi resultara muy difícil comprar los zapatos que hacían falta para tal evento.

Nuestros ama-aita no fueron nunca demasiado religiosos. El aita estaba en contra de la Iglesia por varias razones. Repetía sin cesar la maldad del Papa Pio XII que no había atendido a las demandas de la Delegación Vasca que le visitó para prevenirle de la crueldad del levantamiento franquista; tampoco podía olvidar el asesinato del cura abertzale Aitzol, por quien el aita sentía un gran respeto. La ama, yo creo que estaba desengañada con el machismo de la Iglesia, que sometía alas mujeres al dominio de los hombres. En más de una ocasión le oímos decir que lo más importante es la Caridad. Nunca le recuerdo yendo a la iglesia a rezar, a rezar ella sola, como otras muchas mujeres lo hacían, pero sí experimentó un cambio positivo cuando llegó a Santa María Don Manuel Balenziaga, un cura de Zumaia que trajo aires frescos a la violencia que sufrían

las mujeres en general. A las conferencias que Don Manuel daba, sí asistía; allí se hizo, en cierta medida, militante de un cierto feminismo.

En este contexto, más visible en el aita, se nos planteaba un conflicto religioso el 25 de julio de cada año, el día de Santiago, Patrón de España. La Iglesia declaraba ese día como Fiesta de Guardar; al aita no le gustaba que ese día fuéramos a misa, pero la presión de monjas y frailes era imponente, y aún cuando obedecíamos al aita, siempre nos quedaba la duda de si habría que confesar.

Desde la catequesis, normalmente las chicas se hacían de la Acción Católica. Maritxu era más pequeña, y no me acuerdo (ella estuvo más vinculada con el movimiento *GUÍAS*, en el que permaneció activa muchos años), pero Ramoni e Isabel se hicieron de la Acción Católica. La sede estaba en el primer piso de la calle Mayor, esquina Puerto (donde ahora viven los aita-ama de Bere, el amigo de Xele). Aquél era un lugar de socialización, y creo recordar que se juntaban con bastante frecuencia e hicieron muchas amigas del barrio.

En la época en que iban a la Acción Católica, había varios tontódromos en Donostia. Posiblemente los más concurridos fueran la Concha y la Avenida. Sin embargo, las y los jóvenes adolescentes de la parte vieja preferían hacer sus paseos en la calle San Jerónimo. Del Bulevar a la calle 31 de Agosto; de 31 de Agosto al Bulevar, cerca del *arkupe* del BARANDIARAN, cerca de la permanente cestera que allí se situaba. Ida y vuelta; ida y vuelta, las chicas muchas veces agarradas del brazo y saludando, ¡Hola! a quienes al ir y al venir se cruzaban con ellas. Los chicos lo hacíamos igual, pero sin ir del brazo. Sí, la calle San Jerónimo era el tontódromo de la Parte Vieja, y yo mismo me veo acompañando a mis hermanas mayores paseando por esa calle el día en que, como San José, por ejemplo, estrenábamos una chaqueta, un pantalón, o un par de zapatos nuevos.

Todos los años teníamos obligación de Comulgar por Pascua Florida (Te sellaban un certificado acreditativo de haber comulgado) y de comprar bulas. Ramoni recordará muy bien cómo iba a la sacristía a comprarlas, y a pagar en base al número de personas que viviéramos en la casa. La contrapartida de esa compra era el permiso para comer carne no sé qué días, y no ayunar en tampoco sé qué otros días.

Vinculado también con la catequesis, todos los años hacíamos, en autobús, una excursión. ¡Aquello era fantástico! Un día nos llevaron a Andoain, y para nosotras/nosotros ese pueblo tenía una connotación especial, porque era la época en que nuestro aita tenía en Andoain una pequeña fábrica de baterías (acumuladores se decía también) de marca **EOA**, que era el anagrama de **Etxebeste**, **Olaizola**, **Ajuria**. Etxebeste era oriundo de Andoain y tenía una hermana, Juanita, a la que un día el tren le atrapó y le cortó una pierna. Recordamos aquellos comentarios impresionantes para nosotros, cuando dijeron que habían enterrado la pierna en el cementerio, en el Campo Santo.

El primer coche: **EOA** se fundaría hacia el año 1950, y la experiencia no duró más que un par de años. Yo recuerdo perfectamente cómo era y dónde estaba la fábrica. Recuerdo también, que una de las aplicaciones de aquellos acumuladores era dar solución inmediata a los apagones de luz que en aquella época eran tan frecuentes. Cuando los clientes no tenían disponibilidad para montar grupos electrógenos autónomos, de manera más económica montaban baterías de acumuladores que entraban en servicio al percibir la caída de tensión en la red. Recuerdo, que uno de los clientes era el cine Pequeño Casino. Este contacto daba al aita la posibilidad de entrar gratis en el cine, y en una ocasión, yo con el aita, fuimos a ver alguna película. Desconozco qué películas vimos en esa época, pero no puedo olvidar que me hacía una gran ilusión ir con el aita, yo solo. Por esto, guardo un bonito recuerdo de cuando, años más tarde, posiblemente el año 1958, cuando yo tenía catorce años, fui con el aita a ese mismo cine, y vimos la película *Moby-Dick*. Disfrutamos mucho los dos y por dos razones: La película, y por compartir los dos juntos una cosa tan bonita.

Ajuria, Don león Ajuria, era el socio capitalista de aquella empresa, y era el propietario en Gasteiz de la actualmente famosa casa de **AJURIA ENEA**, sede del llamado Gobierno Vasco (Qué ironía hablar de Gobierno Vasco en estas fechas en las que, con todos los atributos de quien ostenta el Poder, el Gobierno de España, con ocasión del Coronavirus, lo ha ninguneado de manera cruel y notoria). En Donostia, Don León tenía una casa-palacete preciosa en La Concha, casi frente a La Perla, donde está ahora la imponente casa, todavía no estrenada, del Constructor Olaizola, El Francés.

Tenía Don león una canoa muy bonita, que se llamaba *IDOIA*, en la que nosotros hemos navegado en más de una ocasión. La canoa se guardaba en invierno en Martutene, y yo recuerdo que, para pasar bajo los puentes del Urumea, había que seleccionar bien el día de mareas más convenientes, y desarbolar el pequeño mástil sobre su caseta.

Pero para atender el negocio de las baterías, que el aita hacía compatible con el taller que tenía, el aita tenía una furgoneta, que fue nuestro primer coche. Era una furgoneta de color granate en el carenado metálico, y tenía una especie de caseta de armazón de madera y cubierta de lona gris en la parte de atrás. En la zona de carga, bajo la lona, había instalados dos bancos longitudinales, en los que nos sentábamos los cuatro. Hacíamos muchas excursiones. Con ocasión de andar en esa furgoneta, posiblemente un día que íbamos a Lasarte (solía ser el día de san Jose, que eran las fiestas del pueblo) recordamos los fielatos. Los Fielatos eran puntos de control fiscal de las mercancías que se movían de una zona a otra, y nuestro aita tenía habilidad para escaquearse. Al llegar al fielato, antes de llegar a Lasarte, en la bifurcación con la carretera que va a Orio, el aita nos hacía hacer “cuerpo a tierra”, para camuflarnos mejor. En ocasiones, nos sacaba del coche, nos escondíamos no sé cómo, y al rato venía a recogernos. A la ama, esta clase de aventuras no le gustaban nada.

La furgoneta se aparcaba siempre junto al portal de casa. Había tan pocos coches que era como tener plaza reservada, y yo recuerdo que pasaba muchas horas sentado al volante, simulando accionar la gran palanca de cambio, girando el volante de un sentido al otro, sintiendo la fantasía de que estaba conduciendo realmente.

Lasarte. La tendencia de Ramoni a saltar se dio, otra vez, cuando en Lasarte, junto al *ukullu* del caserío (*Etxe Txuri*, le llamábamos) donde vivía la tía Maritxu, una prima de la ama, Ramoni se subió a la *gurdi* que estaba cargada de hierba, y nos pidió a Isabel y a mí que extendiéramos los brazos y nos agarrásemos de las manos, haciendo una especie de cama. Cuando Ramoni saltó, tras haber dicho:

“la virgen saltó y no se mató; yo saltaré y no me moriré”.

el conjuro fue eficaz, pues no se mató, pero, sin embargo, se dio un trompazo de categoría, pues aquella pretendida cama falló. Ramoni, contra el suelo, se hizo un corte

sangrante en la *kokotxa*. Ya entonces se iba configurando esa formidable creencia de Ramoni de que cuando deseas algo con fuerza, mucha fuerza, lo consigues. Bueno, también es verdad que toda ley tiene sus excepciones, y, además, todavía Ramoni no había adquirido el poder de la mente que ahora, ya de amona, y nada menos que de siete nietas y nieto, tan bien ejercita.



Ama, Ramoni, Isabel, Iñaki y Maritxu, en Lasarte

Cuando de vez en cuando nos contamos viejas historias de familia, Ramoni suele recordar el día que fuimos a *Etxe Txuri*, y nos pusimos a tope de, subidos en los árboles, comer mogollón de cerezas.

En nuestra jerga de niños, *Etxe Txuri* era como nuestro caserío. Íbamos bastante, y las primas y primos eran de edad parecida a la nuestra. Lorentxo era el mayor, y le seguían Micaela, Juani, Ascen, XXXX y XXXX. Lorentxo era un chico muy fuerte, de mucha musculatura. De mayor trabajaba en Michelin y en el caserío, por supuesto. Un día, hace unos quince años, una vaca le dio una coz y le mató. Sorprende que tras una vida de ordeñar las vacas, un día, un día aciago, una vaca te mate de una coz. ¡Increíble!

Al recordar las historias de Lasarte, hay un asunto que me conturba seriamente, lo mismo que al hablar de Zaldibia. Nosotros hablábamos tan mal euskara como mal español hablaban nuestras primas-primos de lasarte y Zaldibia; sin embargo, debido al mayor poderío que la sociolingüística de la época asignaba al uso del español frente al uso del euskara, nos daba (nos atribuíamos) una situación de privilegio. Ellas y ellos se

avergonzaban de nos saber suficiente español, y nosotros no nos avergonzábamos por no saber suficiente euskara. ¡Esto era cruel! Posiblemente relacionado con esta situación injusta, cuando íbamos a Lasarte en coche, en aquella furgoneta que sin duda era más novedosa que el *gurdi* o el carro de caballo que todavía ellos utilizaban para el transporte de sus productos a LA BRETXA, por ejemplo, donde la Tía Maritxu vendía sus productos, nuestras primas y primos desaparecían, se escondían.

Nuestros aita-ama siempre llevaba una tarta o unos pasteles para el postre, pues solíamos comer en su casa esos días, y, sucedió un día en que, a la hora de sacar el postre, la bandeja estaba medio vacía. Se la habían zampado, mientras estaban escondidos, nuestras primas y primos.

En la cocina. ¡Ay, aquellas cocinas! En casa, cuando Ramoni podría tener entre 8 y doce años, había unas costumbres que, seguramente eran muy habituales en otras muchas casas. En general, casi en su totalidad, la vida familiar en casa estaba reducida al ámbito de la cocina. En la cocina había un fogón que, en verano era un tormento, pero que en invierno hacía de la cocina un lugar calentito. En la cocina se cocinaba, por supuesto, se planchaba también, se hacían los deberes (a veces), se comía (el comedor, que era muy hermoso, apenas lo utilizábamos), se recibían las visitas más frecuentes y de menor postín, se oía la radio, se lavaban los pies y se rezaba el Rosario. Voy a comentar algunas de estas prácticas:

Nuestra amona Fermina no sabía escribir, firmaba, las pocas veces que tuvo que firmar algo, haciendo una cruz en el lugar destinado a la firma. Sin embargo, sí sabía leer, y leía con relativa frecuencia un misal gordo con letras gordas también. Le gustaba rezar el Rosario, y en invierno, en la cocina, solíamos rezarlo. Yo recuerdo que con las hermanas hacíamos un pequeño cachondeo y nos llevábamos algunas broncas. Recuerdo que a mí lo que mayor cachondeo me generaba eran las letanías. Sé que es una perspectiva desde ahora, un cierto presentismo histórico, pero escuchar las letanías, en latín, que se decían a todo correr, sin entender nada, me provocaban risa. La amona tenía una mirada muy *zorrotza*, y nos fulminaba con ella.

No he contado todavía que todas las tardes venían a casa la tía Ramona y el tío Antonio. Hacia las siete, el aita y el tío Antonio salían de chiquiteo y la tía Ramona se

ocupaba (hacía grandes alardes de ello) de planchar la ropa del Osaba Antxon. El rosario lo rezábamos mientras la ama o la tía planchaban, sobre la mesa de la cocina, sobre una manta y un trozo de sábana especialmente dedicado a ello. Recuerdo el olor a amoníaco. La tía siempre se quejaba que el osaba Antxon manchaba mucho la ropa; que, al mear, decía, se salpicaba la bragueta. Recuerdo cómo yo mismo sentía vergüenza cuando al llegar él a casa, su hermana Ramona le reprochaba que a sus años no supiera, todavía, mear sin mancharse. Un día, tan alta fue la tensión que esos comentarios suscitaron que el osaba Antxon le dijo a su hermana Ramona: ¡Te prohíbo que de aquí en adelante toques mi ropa!; ¡ya me hará Barbari lo que buenamente pueda! Al cabo de los días, o de los meses, la cosa pasó a la normalidad previa a aquella fuerte discusión.

En la cocina nos lavábamos los pies en un caldero cincado en el que se lavaba la ropa también. Había en la cocina un banquito pequeño, hecho por *SATUR*, aquel hombre que trabajaba con el tío Antxon en BATANERO, y que nos traía a casa, al cuarto oscuro, sacos de gruesos trozos de madera de traviesas del ferrocarril. Nos sentábamos, por turno en aquel banquito y con aquellas pastillas de jabón lagarto, que previamente la ama solía tener secando en una repisa, porque si no estaban bien secos se consumían en seguida, nos lavábamos los pies, una vez a la semana, los sábados. Y esto sucedía, aunque en casa tuviéramos una magnífica ducha, que cuando la usábamos, ya un poco con más edad, era también una vez a la semana, pues se consideraba, en nuestro ambiente claro está, suficiente. Pero tener ducha en el cuarto de baño no era demasiado frecuente en la Parte Vieja. De hecho, algunas vecinas que no voy a citar, y La Xele también, venían a nuestra casa a ducharse, frecuentemente.

En la cocina teníamos una gran radio (una radio grande, como eran aquellos armatostes que funcionaban con válvulas). En aquellos años, y la Regina vivía con nosotros, se escuchaba mucha radio. En nuestra casa los programas favoritos eran las telenovelas que se emitían por la tarde, yo creo que al anochecer, compitiendo con la hora del Rosario. A nuestra amona y a la Regina les encantaban. Arrasaban las novelas *UN ARRABAL JUNTO AL CIELO*, *AMA ROSA*, y *LA SANGRE ES ROJA*, cuyos actores principales eran Matilde Conesa y Pedro Pablo Ayuso, que eran excepcionalmente populares.

Ya seríamos más creciditos, y las hermanas-hermano lo recordamos muy bien, cuando los atracones de cigalas y xangurros que nos dábamos eran, creo que se puede decir, exagerados, inmensos... El aita tenía un taller en Trintxerpe y se dedicaban, principalmente a reparar barcos de arrastre. Como el aita era el propietario del taller, junto a su socio Martín Etxeberria, para conseguir mejor trato en las reparaciones le regalaban inmensos fardes de toda clase de marisco y de pescado también.

Las cigalas se ponían sobre la mesa y a toda velocidad comíamos las colas, rechazando el hurgar en las cabezas o las muelas, porque con ello se perdía tiempo y había material de mejor provecho. Conscientemente he llamado cigalas a lo que entonces, en Pasajes, se solía llamar langostinos. Se les llamaban langostinos (posiblemente tomando la acepción francesa) pero eran fabulosas cigalas, de acuerdo a la nomenclatura oficial actual. Y siguiendo con el comentario de aquel pescado y aquel marisco, todas-todos tenemos bien grabado en nuestra memoria cómo la ama limpiaba los imponentes sapos (rapes) que entraban en nuestra casa. La ama, que era excepcionalmente habilidosa y buena cocinera, principalmente de pescado, colgaba el sapo, atado con una cuerda en su cola al hierro de cierre de la ventana de la cocina, con un cuchillo afilado hacía una incisión perimetral en la cola del sapo, y, agarrando la piel con ambas manos y ejerciendo fuerza hacia abajo, ¡ZAS!, le desprendía toda la piel. Todo un espectáculo. Luego, incluso nos hacía sapo, cuyos lomos cocidos, envueltos en un paño blanco y recubiertos con pimentón dulce, que lo coloreaban externamente, superaba, es un decir, a la mejor presentación de langosta, cuando al servirlo lo acompañaba de mayonesa. Toda una artista.

Mientras tanto, la calle que Ramoni conoció era muy diferente a la actual. El reparto de mercancías se hacía, en general, en carro de caballos. Voy a daros algunas citas directas:

En el patio, casi enfrente de la ventana de nuestra cocina, vivían los BAZO (su portal estaba en la calle Mayor). El hijo mayor era de la edad de Ramoni, y tenían un relativo trato. Su aita era transportista-repartidor y utilizaba un gran carro de cuatro ruedas tirado por un caballo que a las noches lo guardaba en las caballerizas que había en la calle Juan de Bilbao. Sería el año 1952, y para nosotros los chavales hacer montadiña en aquel carro era una gozada; el único inconveniente es que Bazo, padre,

tenía muy mala leche, y solía tratar de atizarnos con el látigo que, con una gran maestría lo lanzaba hacia atrás. Pero nosotros también éramos maestros en el esquivar.

También Joxe, el carbonero de la calle Ángel utilizaba un carro de caballo para transportar el carbón. A nuestra casa, que estaba muy cerca, traía los sacos al hombro, y recuerdo que nuestra ama le decía, ¡Ay, Joxe, cada vez me dura menos el carbón!; ¿Ya los llenas bien? El carbón, en aquella época era la única fuente de energía que se usaba en casa. Es verdad que teníamos un hornillito eléctrico, pero de muy pequeña potencia, que se utilizaba para usos pequeños y excepcionales. Tanto el agua caliente como la cocina y el horno de la cocina, que también hacía de calefacción, funcionaban a base de carbón. No sabéis que limitador era necesitar encender la cocina para calentar cualquier cosa. Encender la cocina y mantenerla activa era un empeño complicado, además de caro. En primer lugar, antes de encenderla, había que retirar las escorias del día anterior, que eran prácticamente la única basura que se hacía en casa, y que a la noche bajábamos a la calle, junto al portal, en una caja de madera, relativamente grande y pesada.

Muestra evidente del uso de caballerías en la calle, era el que, en los bajos de nuestra casa, hubiera un gran almacén de paja, paja que traían los ISASA a veces en un camión y en otras ocasiones en grandes carros tirados por un caballo. De hecho, sucedió una noche de 1958, cuando entre tanta paja parece que un borracho echó una colilla y el pajar entero se incendió. Lurdes apenas tenía un año y todos, incluida la amona Fermina que ya era muy mayor (murió en 1960) tuvimos que salir, de noche, corriendo, sin apenas vestirnos a la calle. Cuando vino Isasa, el propietario, a ver lo que pasaba, el abucheo del vecindario fue imponente.

Pero, en la calle, los caballos también estaban presentes en los coches fúnebres. Efectivamente, la conducción del cadáver hasta el cementerio se realizaba, incluso en 1952, y posiblemente un poco después también, en aparentemente lujosos carruajes negros, muy del estilo del Barroco, y con cocheros vestidos y uniformados de negro.

En esos mismos años, en la calle era frecuente ver pasar el Viático. Más que ver, además, era preciso arrodillarse a su paso. Sucedió que cuando en una casa una persona estaba en trance de muerte, antes que al médico, en muchísimas ocasiones, se llamaba a la iglesia para que un sacerdote diera el viático, la Extrema-Unión al moribundo. El

sacerdote revestido de casulla, y precedido por un monaguillo que iba tocando la campanilla, y el sacristán que portaba una cruz, llegaba a la casa desde la que se le llamaba y ejercía la práctica religiosa correspondiente. (¿Recordáis la frase imprescindible en todas las esquelas?: ¡Habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica de Su santidad!

En la calle se jugaba, se corría, y se bailaba. Ramoni recordará bastantes tardes del invierno bailando en la Plaza Consti; no estaría muy lejos de aquellas dos chicas tan diferentes: una, creo que se llamaba Mari Paz, alta, muy alta, un tanto desgarbada; la otra, bajita, menudita, muy pequeña, que tenía una voz atiplada y que se acompasaba al ritmo del baile que Mari Paz marcaba al son del *txistu* y del *tamboril* que se situaban en los *arkupes*, a la entrada del viejo Ayuntamiento.

Las verbenas del Carmen, en el muelle, fueron tal vez la ocasión de bailar a lo *agarrao* que tuvimos las/los adolescentes de aquella época. Recuerdo que, después de cenar, salíamos con la ama: Maritxu era pequeña, y yo me aburría solemnemente, pero Ramoni e Isabel negociaban hábilmente con la ama para prolongar “un baile más” la permanencia en el muelle. Principalmente se bailaban pasodobles.

Los Fuegos Artificiales en la Semana Grande eran una ocasión obligada para salir de noche. Entonces no asistía mucha gente, y era muy fácil encontrar asiento en el pretil exterior de la Kanpokomoila, sentados/sentadas sobre la piedra del muro y con los pies colgados hacia el agua. Allí nos encontrábamos con los Erdocia y otros más, y uno de los juegos (no sé si eso es un juego) era elegir los colores más bonitos. Yo recuerdo que, a mí, el verde era el que más me gustaba.

La cartilla de racionamiento; la Hermenegilda. Cada familia tenía su cartilla de racionamiento que permitía el aprovisionamiento de alubias, lentejas, azúcar, pan... Nuestros aita-ama se movían bien y sabemos que, en más de una ocasión, simulando que paseaban con Ramoni, utilizaron el doble fondo del coche para transportar alubias, garbanzos, etc. Es decir, Ramoni, desde pequeña, está inmersa en una trama de contrabando. Luego, más adelante, os contaré cómo con 16-18 años hacía contrabando en la frontera de Irún, pero eso será cuando avancemos más en su historia.

En los años 1950 no había abundancia de nada. En el año 1951, cuando Ramoni tenía 11 años, todavía funcionaba el “*raconamiento*” y comprábamos un suplemento de pan, que ellos no consumían, a unos conocidos de la Plaza Lasala. De vez en cuando íbamos a la parada del autobús de Igeldo, frente al BARANDIARAN, y el chofer, de manera muy disimulada, nos entregaba un paquete. En general, ninguna de las hermanas-hermano tenemos consciencia de escasez, pero, seguramente, tampoco sobraría demasiado. Yo creo que, para desayunar y cenar, hasta ser ya crecitos, tomábamos *esne zopak*. Lo de cenar un huevo o una tortilla vino a partir de los diez años... Efectivamente, los *katillus*, aquellos *katillus* tradicionales, sin asa, blancos y bastantes grandes era la parte de la vajilla más importante. Cuando las sopas de pan se cocían en la leche, el banquete era fenomenal.

En casa consumíamos mucha leche. Todos los días venía, en carro de caballo, Luisa, una *baserritarra* de la zona de Igara que nos traía la leche, unos tres o cuatro litros al día. Teníamos una cazuela grande que solamente se utilizaba para cocer esa leche, a la que se le añadía sal. Al cocer la leche se originaba mucha *mamia*, que de vez en cuando, muy de vez en cuando, extendida sobre pan era una buena merienda. Sin embargo, ya lo he dicho esto no era frecuente, pues en nuestra casa existía un código por el cual la *mamia* se reservaba para la ama. La leche era un producto elemental en nuestra dieta, pero era un producto un tanto complicado, pues no en vano muchas veces, sobre todo en verano, se cortaba, y había que desecharla. Esto era grave, porque, a la tarde, por ejemplo, ya no había sitio en que poder comprarla. La Luisa se llevaba la *txerrijana* todos los días. De hecho, la *txerrijana* era una materia imprescindible en los caseríos, pues era la comida base de los cerdos y otros animales que criaban.

Pero al margen del frugal contrabando durante es estraperlo, la ama iba todos los días a la plaza, con una cesta de mimbre en el brazo. Además, decía, le gustaba hacer la compra, posiblemente porque era el trabajo más liviano de la casa, y, además, porque era la oportunidad de hablar con la gente.

Pero, al margen de la compra en La Bretxa, el suministro habitual de lentejas, alubias, azúcar, aceite, vino, sal, café, achicoria, jabón, lejía, membrillo, *sardin-zaharras* etc., lo hacíamos en la Hermenegilda. Las cuatro hermanas-hermano nos hartamos de hacer recados. La tienda de la Hermene era en realidad nuestra despensa y varias veces

al día bajábamos a comprar algo. No lo pagábamos al contado; como éramos clientes asiduos la Hermene lo apuntaba y la ama lo pagaba una vez a la semana. De aquella tienda recuerdo algunas cosas que ahora parecen extrañas, o muy lejanas. Evidentemente bajábamos con la botella de aceite en mano, las botellas no eran de usar y tirar, claro está, y con una especie de surtidor de émbolo, llenaba la botella. En alguna ocasión, hacía tanto frío y el aceite tenía tanta parafina (estaba poco refinado), que, al aumentar tanto su viscosidad dejaba de fluir y no se podía llenar la botella; El café se compraba en grano, y por libras. Muchas veces comprábamos media o un cuarto de libra de café, que la Hermene envolvía en aquél siempre permanente papel de estraza. También, para muchos otros productos se usaba papel de periódico.

No pensaba habar aquí de otro uso del papel de periódico, pues, aunque existía papel higiénico, creo que de marca *ELEFANTE*, el uso del papel de periódico era muy frecuente en el retrete.

Toda la legumbre se vendía a granel, y en la tienda se almacenaba en grandes sacos; el vino, la Hermene lo guardaba en odres de vino, y de allí llenaba el garrafón de cuatro litros que nosotros solíamos comprar.

En el portal de enfrente, en la bodega del Nº 22, debajo de la pastelería, había una sidrería, e, interrumpiendo la comida, o la cena, bajábamos con una *pitxarra* a comprar *zizarra*, esa sidra dulce antes de fermentar.

Otro sitio de compra era la pastelería *PUERTO*, enfrente de casa. Muy de vez en cuando, comprábamos un litro de helado, de mantecado, que algún domingo era nuestro postre. En verano, con la paga que teníamos, solíamos comprar helados de fresa, que eran los más baratos y además más grandes. Un día, aunque esto lo debería contar más adelante, cuando Ramoni tenía unos quince años, la señora de la pastelería, que con su marido eran también los dueños de la pastelería de la Estación, propuso a la ama que, “esas hijas tuyas, tan majas (se refería a Ramoni y a Isabel), regentaran la pastelería de la Estación”. A la ama no le gustó esta propuesta. He contado esta anécdota para recalcar que, las dos, eran unas chicas muy guapas...

LA ESCUELA

Pero, con ser tan importante, no he hablado hasta ahora de la escuela. ¿Dónde iba Ramoni?

Su primera escuela fue en la Plaza de La Constitución (Plaza Consti; Plaza Berria), en un piso justo enfrente del *Gott*, ahora XXXXXX, el bar que ahora tanto nos gusta, y en el que tantos *vermuts* o *gin-tonics* tomamos. Era una especie de guardería y yo estimo que Ramoni e Isabel estuvieron hasta que Ramoni tuvo siete años e Isabel cinco. Recuerdo que yo mismo fui a esa escuela-guardería durante un cortísimo periodo de tiempo.

Al cumplir los seis años Ramoni pasó a la Escuela Leizaran, en la calle Campanario, e Isabel dos años más tarde, donde estuvieron hasta terminar el curso 1948-49. Dos de sus monjas de referencia eran Sor Dolores y Sor María Jesús, que era la superiora. No recuerdo alguna amiga especial de Ramoni en aquella época del Leizaran, pero Isabel hizo allí una amiga muy íntima, la que entonces era su amiga: Mari Nieves Sotés, que vivía en el primer piso del Nº 22.



Ramoni en la Escuela ELIZARAN

En abril de 1949 Isabel hizo su Primera Comunión, y ya entonces nuestra ama pensó que ya había cumplido la obligación de mandar a sus hijas a una escuela de monjas.

Ya había empezado el nuevo curso en octubre de 1949 cuando a la ama, posiblemente porque le gustó la elección que previamente hizo la Aurora con sus hijas Aurori y Malus, tomó la decisión de ir con Ramoni e Isabel a la Escuela Francesa, en el Paseo de Francia, cerca de la estación. En la Escuela Francesa se sorprendieron de ver a la ama, con el curso ya empezado, queriéndoles matricular allí. Lo primero fue una negativa rotunda, pero la ama insistió hasta el punto de arrancar a la directora, *joh que les filles sont jolies!* Así, por chiripa (por guapas), ingresaron en la Escuela Francesa. Ramoni tenía nueve años e Isabel, siete.

La ama estaba satisfecha de su acción. En muchas ocasiones nos dijo que le gustaba la Escuela Francesa porque no era de monjas, y porque no usaban uniforme. Yo creo que ambas razones presidieron muchos actos de la vida de la ama, de quien, por cierto, no he dicho hasta ahora que era una mujer muy inteligente; sabía ver más allá de lo que la mayor parte de la gente ve.

La Escuela Francesa fue una magnífica oportunidad para Ramoni (recordad que estoy escribiendo acerca de su vida). Salió del entorno de la gente de siempre, hizo nuevas amigas, aprendió francés, algo que ha sido muy importante en su vida y que le ha motivado para luego aprender inglés, estudió Historia de Francia, Literatura francesa...

En casa, Ramoni era muy extrovertida y solía contar lo que hacían en la escuela. Recuerdo que se tomaba muy en serio lo de los estudios y era muy buena alumna. Un día, todavía me acuerdo, tenía que exponer en clase la historia de *LUIS XIV*, y fue a Ramoni la persona a quien yo oí por primera vez hablar del Rey Sol (*le Roi Soleil*, decía ella). Tan extrovertida era que cuando íbamos juntos por la calle, ella me hablaba en francés, para practicar. Ciertamente esto me vino muy bien, pues la mayoría de mis compañeros del cole no tenían esa buena oportunidad que yo tuve.

No soy capaz de recordar el nombre de las amigas y amigos que hizo Ramoni en aquella escuela que era mixta, de chicas y chicos, salvo la importantísima excepción de Nati,

que, desde entonces, fue su íntima amiga. Nati vivía en la calle 31 de Agosto, y cuando Ramoni iba a buscarle (en ocasiones yo le acompañaba, desde el portal le tocaba el timbre, y con ese su espíritu de hacer prácticas las cosas teóricas, le decía en alta voz: ¡Noêly, dépêche-toi!

La escuela francesa seguía los planes de Enseñanza francés, y no había convalidación con el sistema español de enseñanza. Eso suponía un gran inconveniente, porque hacían falta unas habilidades sociales que en nuestra familia no había para llevar adelante el proceso de convalidación de estudios para ingresar en el curso de bachillerato que correspondiera en el Plan de Enseñanza español. Así, pues, a los catorce años se acabó la Escuela para Ramoni. Al escribir esto me estremezco por el hecho de que los aita-ama no hubieran dado continuidad a sus estudios (repito que era muy buena estudiante), pero, sin hacer presentismo histórico, creo que aita-ama se ampararon en el contexto *general* de la época:

- En 1954 estudiar en un Colegio hasta los catorce años se consideraba una buena, muy buena formación.
- En nuestra casa se consideraba que con ello se había cumplido de sobra con el conocimiento necesario para poder encontrar un buen trabajo. ¡Además, ya sabía francés!
- Y, no lo olvido, además era chica... Esta cuestión me ha perturbado siempre, pues el trato que yo, chico, recibí en cuestión de estudios fue muy diferente al que recibieron mis hermanas. Siempre pienso que fui un privilegiado a expensas de las restricciones que a ellas se les aplicó.

Así pues, con catorce años, Ramoni estaba en condiciones de empezar a trabajar (Ahora resulta difícil de comprender).

No me resulta fácil hacer una narrativa detallada acerca de cómo vivíamos en la calle Puerto en la etapa de escolarización de Ramoni. Voy a contar algunos episodios deslavazados:

Jugábamos mucho en la calle. En verano, en la calle Campanario, en el Castillo o en la playa vigilados por aquellas madres colectivas que ya he citado. Jugábamos a guardias y a ladrones, a saltar a la cuerda, a tabas, a canicas, al brilé, etc. En invierno

Ramoni salía más con sus amigas de La Acción Católica y algunos domingos iba a la *Plaza Consti* a bailar a lo suelto, o al tontódromo de la calle San Jerónimo.

Ramoni siempre ha tenido buen apetito. Según cuenta, la paga, parte de ella claro está, porque ella siempre ha sabido que algo había que guardar, se la gastaba en caprichos gastronómicos de alto valor nutritivo. En efecto, Ramoni conocía a partir de qué hora en la churrería de la calle San Jerónimo, vendían paquetes de *papurras* de patatas fritas. Costaban la mitad de las patatas fritas auténticas, enteras, y tenían doble cantidad de peso y de aceite. Otro de sus lujos eran las bombas. Las bombas, pringosas de aceite, eran de su predilección: ¡grandes y baratas te llenabas enseguida!, decía. Dicen que no hay dos sin tres, pues ahí va la tercera: ¡Los pasteles de merengue! Yo creo que se los compraba en la pastelería IZAR, que ahora acaban de cerrar, frente al Teatro PINCIPAL.

LOS DOMINGOS Y DÍAS DE FIESTA,

salíamos con aita-ama. De manera especial íbamos a Barbotegi (en el camino de Ulia), un merendero al que se llevaba la merienda y donde se consumía la bebida y, tal vez, algún postre. En ocasiones venían también la tía Ramona y el tío Antonio. Lo habitual era que la ama y la tía llevaran de casa una tortilla de patatas cada una. Recuerdo que en una ocasión Ramoni se puso a hablar con unos chicos que, como nosotros, estaban allí merendando, con sus aitas, y le oímos decir, apuntando con el dedo hacia donde estaba el aita, que aquél era su *papá*. Entre risas, y medio bronca del aita hicimos algunas farras con esta anécdota.

Siendo todavía muy niños, era el año 1948, fuimos a Urbasa, y allí, en el *ukullu* de un caserío vimos parir a una vaca. Aquello nos impresionó mucho.

Durante algunos años, los años 1948-1952 posiblemente, nos llevaban a los cuatro hermanas-hermano a un festejo que se hacía en el Kursaal, en el viejo Kursaal. Era una fiesta *euskaldun*, que creo se llamaba POXPOLINETAK. Creo recordar que el ambiente de aquella fiesta, era abertzale y *euskaldun*, estaba relacionada con el grupo de amigos del aita de la época de su activismo político. Entre otros nombres, creo recordar que los Gurmendi estaban muy cerca de la organización de aquellos festejos.

Muchos domingos íbamos en el Santa Bárbara a la Isla, y comíamos allí lo que la ama había preparado en casa. Un día, un chico se cayó en las rocas. Nosotros estábamos embarcados todavía y el aita se aprestó, enseguida, a cogerlo y llevarlo desde la Isla al muelle, y desde el muelle al *Cuarto Socorro*. Tenía un poco de sangre y heridas superficiales.

Muchos domingos solíamos ir todos juntos a misa de nueve, en Santa María. A la salida al aita le gustaba comprar churros, alguna vez un brazo gitano, y los tomábamos con el desayuno, porque en aquella época a misa se iba en ayunas, sin probar agua siquiera. Con lo del brazo gitano hacíamos muchas risas, y al subir los cuarenta y dos peldaños que tenía la escalera, era costumbre que el aita dijera: *Azkena Gallego!*

Orgánicamente, nuestra casa era un poco complicada, pues nunca fuimos una familia de aita-ama y los hijas-hijo. Siempre estaban la amona y el tío Antxon. Esto hacía que fuera una casa diferente.

Dentro de casa yo recuerdo cómo nos arrastrábamos sobre una alfombra vieja que atábamos con una cuerda por el pasillo pequeño, el que iba desde el váter hasta el cuarto de las chicas, que era de baldosa, la misma que la de la cocina: blanca y roja. Ramoni, obviamente era la más fuerte y nos ganaba siempre en las *burrukas*. Aquellas *burrukas* que eran especiales cuando intervenía la XELE.

Para nosotros la feria de Santo Tomás era muy importante. Primero, porque se acababa el cole, y, además porque siempre había algún regalito. Me acuerdo del año en que se puso de moda el *hula-hop*. Pero el regalo que las hermanas-hermano mejor recordamos fue una casita verde de madera, de tejado rojo que abatía la mitad del mismo dejando en su interior un espacio donde guardar cositas. En la parte frontal, tenía una especie de porche cerrado con una barandilla. Isabel confirma que era de ella, pero todas-todos hemos pensado que lo compartíamos.

LOS DÍAS DE REYES Y ALGUNOS JUEGOS

La víspera de Reyes limpiábamos muy bien los zapatos y los poníamos sobre la carbonera. En alguna ocasión el aita los embrollaba atando unos con otros con los cordones. Les poníamos *ardo goxo* y galletas a los Reyes. Un día, Ramoni fue la protagonista principal, pues a su edad ya anticipaba lo que nosotros ignorábamos, y la víspera de Reyes apareció por el pasillo jugando con alguno de los regalos que la ama guardaba en el armario del cuarto de aita-ama. Pero el regalo más importante del día de Reyes fue cuando nos trajeron dos bicis, una de chica, azul, que debían compartir Ramoni e Isabel, y una de chico, amarilla, que en el sillín de cuero tenía incrustada la marca BOY, y que debíamos compartir Maritxu y yo. Fue fenomenal, y los cuatro aprendimos desde muy pequeños a andar bien en bici.

Tuvimos toda clase de los juguetes normales de la época, y aunque la ama más miedosa, el aita nos animaba a correr ciertos riesgos; pero había una excepción, no le gustaban los patines. Por esos, nosotros no tuvimos patines (sanchesquis) hasta relativamente tarde, y, de vez en cuando usábamos prestados los de Aurori o Malus.

De los juegos de mesa el que más utilizábamos era EL PALÉ, GRAN JUEGO DE SOCIEDAD. Jugando al *PALÉ*, comprábamos calles, hidroeléctricas, casas y hoteles, y manejábamos billetes de mentirijillas como si fueran dineros de verdad. Un día, Antxoni vino a visitarnos, y a ella le tocó una ficha que decía: “Un bombardeo aéreo te ha destruido tres casas”. ¡Qué desolación sintió Antxoni!

Resumiendo, yo no creo que entre los hermanas-hermano jugáramos excesivamente como amigas-amigos. Más bien pienso que las amigas-amigos los teníamos fuera. De hecho, desde pequeñito estábamos poco en casa; exagerando un poco diré que la casa era el lugar donde ir a comer, a cenar y a dormir. Y en ese estar fuera de casa, Maritxu era la más habilidosa para hacer amigas en todas las casas de la vecindad. Un día Maritxu estaba en la casa de la Pepi, y como fuera ya la hora de comer y le sugirieron que tendría que ir a su casa ya, Maritxu le dijo a la Pepi: ¡A mí, *amatxo* ya me deja comer en tu casa! ¡Buen argumento para quedarse a comer con ellos! Efectivamente Marichu era la que más casas de la vecindad visitaba; en todas las casas le recibían muy bien.

LAS VISITAS

El tío Lentxo, de Zarautz, de *LAKUMIA*, era un primo de la ama que vivía en Guatemala. Nosotros le decíamos el tío de América, y en una ocasión vino a la calle Puerto con unos regalos inmensos. A las chicas les trajo Muñecas enormes, y a mí un camión cisterna grandísimo. Yo me acuerdo que fui al muelle y desde las escaleras lo llené de agua y lo arrastraba con una cuerda. Pero pasó el desastre: Ramoni se sentó encima de él y la débil chapa de la cisterna se hundió. ¡Qué lío!

Otro personaje que, de vez en cuando nos visitaba, era el tío de Burgos. No sabemos demasiado de este tío que se apellidaba Gozalo y debía ser pariente del aita a través del tío Joxe, que era hermano de padre, pero no de madre. Era panadero en Burgos, y cuando venía a nuestra casa nos inundaba el pasillo de caramelos que él echaba por todas partes. Por eso le llamábamos el tío de los caramelos.

En la época era costumbre hacer y recibir visitas. Yo no recuerdo que nuestros aita-ama hicieran muchas, pero sí recibíamos. Algunas venían por visitar a la amona Fermina, que pasaba largas horas de la tarde de los domingos sentada en una silla del comedor en el balcón, viendo pasar a la gente. Las visitas más frecuentes eran: Pilar Clemente; Maribel y Antonio, su novio; Carmen de Haro; la Señora de Lerch; La Aña; unos tía-tío del aita cuyos nombres no recuerdo (Juan y Ana??); La señora Victoria, que estaba convencida de que su hijo Pedrito (luego Don pedro, cuando se hizo sacerdote) llegaría a Obispo; etc.

Las visitas se hacían en domingo por la tarde, y al aita no le gustaban demasiado, pero la ama les recibía con esmero. Como enfrente había una pastelería, solíamos ir a comprar bollos suizos y bolados, que era un azúcar esponjoso que se disolvía en un vaso de agua y que se tomaba acompañando al chocolate a la taza. La amona Fermina, claro está, estaba presente en todas estas visitas.

Pilar Clemente era bastante asidua y nos contaba chistes que a todos nos hacía reír y que todavía recordamos. La mayoría de sus chistes eran marrones, y nos gustaban mucho. Pilar Clemente había sido amiga de la tía Monja desde niñas y vivía en la Plaza Gipuzkoa. Del resto de las visitas, no voy a hacer comentarios, pues me alargaría

excesivamente. Sólo las he citado para provocar en Ramoni, y las demás hermanas, un tema para ejercitar la memoria en los desayunos que hacemos todos los martes.

Bueno, ya hemos llegado a los catorce años de Ramoni; empieza una etapa diferente. Ramoni entra en el mundo de las personas adultas y descubre mundos nuevos.

SU PRIMER TRABAJO

fue como dependienta en TRIUNFO, una gran tienda en la Avenida donde vendían principalmente paraguas. Se presentó y la cogieron enseguida, porque además de muy buen porte, era muy guapa, hablaba francés y euskara. Creo que le sugirieron, es una forma delicada de decirlo, que, en lugar de aquellas trenzas tan bonitas se hiciera otro corte de pelo. En casa, esto no era una nimiedad, porque el aita era un defensor a ultranza del pelo largo, de las trenzas. Al final, como no, ganó Ramoni.

El sueldo era de 100PTS. al mes (60 céntimos de Euro), cifra que hoy parece ridícula pero que en aquella época era habitual para las aprendices del primer empleo. En numerosas ocasiones he oído contar a Ramoni la gran ilusión que le hizo entregar a la ama aquellas cien pesetas, su primer sueldo. En nuestra casa fue costumbre, hasta casarnos, entregar el sueldo entero a la ama; luego ella establecía la paga.

De aquella etapa recuerdo que Ramoni me regaló un paraguas que llamaban de cadete. Se hacía con un paraguas de señora al que se le añadía un puño de caballero. Era como un paraguas de caballero de menor tamaño. Para mí fue un regalo espléndido. Me acuerdo cómo lo llevaba al cole y cómo me metía debajo de todas las goteras en el camino desde casa a Sánchez Toca.

Ramoni siempre ha sabido moverse bien, y no sé cómo, pero el caso es que al año encontró un trabajo mejor en BARRIOLA, una tienda en la calle Loyola en la que vendían bolsos y paraguas. El sueldo era de 400Pts. al mes. ¡Ya empezaba a no ser poco!

El jefe de la tienda era Julián, Don Julián, y siempre he oído a Ramoni decir que era un hombre generoso. La jefa de la tienda era Mari Carmen, pero Ramoni le iba jamando la tostada poco a poco. Ramoni siempre ha dibujado muy bien y tuvo la iniciativa de dibujar cada tipo de bolso que llegaba a la tienda. Esto le gustó mucho a Julián, porque así se diferenciaban mejor las cajas donde se metían bolsos iguales en el almacén de arriba de la tienda. En BARRIOLA, Julián puso un sistema para incentivar las ventas. Pagaban un extra del 1% del precio de coste de las ventas que realizaban al mes. Tener 15-16 años, guapa, con ganas de trabajar y de agradar al jefe y a la clientela, saber euskara y francés (Mari Carmen sólo hablaba en español), y tener un incentivo sobre las ventas, le catapultaban al éxito. Ella era consciente del buen trabajo que hacía en la

tienda; se sentía responsable y notaba que su trabajo se valoraba (enseguida le subieron el sueldo).

Para calcular el incentivo que le correspondía, Ramoni metía en los bolsillos las etiquetas de todo el material que vendían, aunque ella siempre reconoció que en eso no fue muy cuidadosa, porque, aunque le gustaba cobrar ese suplemento, lo que en realidad le producía satisfacción era la propia venta: el cerrar una operación de venta. Ramoni siempre ha sido muy persuasiva y muy sincera. Creo que no pretendía engañar a sus clientas (la mayoría eran mujeres), y les recomendaba artículos adecuados para su estilo o la supuesta disponibilidad para el gasto. El hecho es que todos los meses, a final de mes, me traía un montón de etiquetas con las que yo debía calcular el importe de la prima. Os habréis fijado que he precisado que “Pagaban un extra del 1% del precio de coste de las ventas”, no del importe de las ventas, por lo que yo, a través de la etiqueta calculaba cuál era el dichoso precio de coste. El sistema era laborioso porque el precio de coste figuraba en clave y se descifraba mediante un código, HIJODECUBA (adecuación educada de HIJODEPUTA), que, como podéis observar tiene diez letras y todas diferentes como sucede con los números naturales 1234567890. ¡Fabuloso! A la etiqueta HJB→139 Pts., es decir, 1,39Pts. de bonus por vender un bolso que, habiendo costado en origen 139 Pts., podría haberse vendido en 250Pts., por ejemplo. Yo le hacía esas cuentas.

Cuando Ramoni trabajaba, primero en el TRIUNFO, y luego en BARRIOLA, ya no era una niña que le gustara jugar en la calle Campanario. Hizo nuevas amigas y se inició en cosas nuevas.

LA ADOLESCENCIA QUEDÓ ATRÁS

He adelantado la lucha por cortarse el pelo, por cortarse aquellas imponentes trenzas, y anticipo también aquella aversión de nuestro aita por los pantalones de las chicas. ¡Mientras yo viva, en esta casa no llevaréis pantalones!, decía más de una vez. Bueno, pues tuvo que claudicar.

Las diez de la noche. Un conflicto recurrente en casa era el archifamoso tema de las diez de la noche. ¡Joder, qué broncas! Para el aita esto era sagrado, para mis hermanas, no. Ramoni, Isabel, y también Maritxu, siempre, bueno, casi siempre, llegaban diez o quince minutos más tarde: ¡Bronca! Yo creo que la cosa nunca tuvo remedio, siempre vivimos con aquel sambenito. Aquella tontería creaba mal rollo; un estado de bronca casi permanente.

Pero, tal vez llegáramos tarde porque en aquella época la casa, nuestra casa de la calle Puerto, no estaba pensada para estar sin hacer nada; ni simplemente para estar y aburrirse un poco o resguardarse de algo externo; o para descansar, para ejercitar gustos de ocio. No, la casa era un lugar al que se iba para comer, para dormir, etc., y cuando se estaba en casa era para trabajar, porque en aquella casa vieja, y grande, siempre había trabajo, mucho trabajo. Os contaré algunas tareas:

Fregar los cacharros

La discriminación por género en el ámbito familiar no es un invento reciente; cuando nosotros éramos pequeños era evidente que existía ya. Voy a referirme a la época en que Ramoni podría tener unos dieciocho años, por ejemplo, cuando Maritxu por tener sólo 12 podría estar excluida de la obligación, y yo con catorce me beneficiaba de la discriminación de género, que entonces igual que ahora asigna peor trato a las mujeres que a los hombres.

Pues bien, en la cocina había, colgado de la pared con un clavo, un gran calendario de la GESTORÍA ARRIETA que tenía unos números muy grandes, para que nadie se pudiera escaquear. En ese calendario los domingos estaban asignados, alternativamente para Ramoni y para Isabel. Un domingo le tocaba fregar los cacharros

a Ramoni y al siguiente a Isabel. ¡No creáis que esto era irrelevante! El domingo que le tocaba a Ramoni, ya nos podíamos preparar; ella ya había quedado con las amigas, y no había tiempo que perder. Sé que estoy exagerando un poco, pero algo de verdad hay en el hecho de que Ramoni nos impulsaba a todos los presentes a empezar a comer *ya*, sin tratar de esperar a los que todavía estaban de chiquiteo; que antes de terminar de rebañar el plato, te lo quitaba para llevarlo a la fregadera; que, de seguir en la mesa de tertulia, nada de nada; pasaba el trapo de la cocina o lo que fuera, y se acabó la comida. Luego, en un plis-plas fregaba y secaba todo, y recogía la cocina a buen ritmo. Para la hora que estuviera citada, hora que no estaba afectada por el hecho de que le tocara fregar o no, ella estaba preparada; empezaba el disfrute del domingo por la tarde, ¡Aupa! (Recordad que los sábados se trabajaba, que todavía no había llegado aquél maravilloso e hipotético sábado inglés).

Isabel empujaba menos; actuaba al ritmo de los comensales; retrasaba un poquito la hora de salir. Creo recordar que en más de una ocasión la ama decía que, sin ver el calendario, le bastaba ver la cocina para saber qué nombre figuraba en el mismo. ¡Cuestión de estilos!

Hacer las camas no era una faena tan trivial como ahora parece. Los colchones eran de lana, lana que, por cierto, no era tan fácil de obtener pues la demanda era grande. Las camas se hacían, de verdad, todos los días. Sobre una silla se ponía la colcha, se ponían las mantas, se ponía la sábana encimera, se ponía la sábana bajera, y se ponía la almohada. Se ahuecaba bien el colchón, para que la huella del cuerpo, no profundizara excesivamente, e incluso se le daba una media vuelta. Se dejaba, con la ventana abierta, orear la habitación durante un buen rato, y luego se hacía la cama (Qué faena que no hubiera sábanas bajas ajustables al colchón, como hay ahora).

Había una diferencia grande entre hacer la cama o hacerla a la francesa, decíamos. Tengo la sensación de que ahora, con ser más fácil, debido al tipo de colchón y a las bajas ajustables, en la mayoría de las familias estiramos la cama, la hacemos a la francesa, sin que esto suponga el desdoro que entonces suponía aquella práctica.

He anticipado que la lana, la lana de las ovejas, era un bien valioso; había mayor demanda que oferta, justo lo contrario de lo que ahora sucede, que nadie quiere la lana

de nuestras ovejas *lachas*, que es, de verdad, de no muy buena calidad para la confección de vestimenta.

Debido a esta demanda, desde Zaldibia, los aita-ama de Antxoni, Lutxi y Miguel, nos reservaban una cierta cantidad todos los años. Siempre había que cuidar que entre la lana no hubiera mucha borra, que era esa parte de la lana más oscura, casi negra, que se apelmazaba demasiado y era difícil de hacerla mullida. La lana, los trozos buenos de lana no eran baratos.

De vez en cuando, cada cierto número de años, había que recomponer los colchones, nosotros lo hacíamos en la cocina, y, entre todos o casi todas, ahuecábamos la lana, para hacerla más esponjosa, más mullida. Incluso había una vara curvada progresivamente en ángulo recto con la que se atizaba la lana, antes que cardarla manualmente. Luego, después de cardarla laboriosamente, se volvía a meterla en la funda del colchón, y se espaciaba homogéneamente, y con una aguja grande, muy grande, de unos 12-15 centímetros, se entretejía una especie de estructura para que la lana se estabilizara homogéneamente dentro de la funda del colchón, sin que se desplazara de uno al otro extremo del colchón. Ramoni, y sus hermanas-hermano más pequeño también, han hecho estos trabajos manuales en casa, en la calle Puerto. Tal vez sea el momento de recordar que en muchas ocasiones hemos visto hacer esta faena de varear la lana en la pequeñísima plaza al final de la calle *Kanpandegi*, donde empieza la subida al Castillo por Santa Teresa.

Ayuda externa. Limpiar la casa era una tarea que llevaba mucho tiempo, mucho trabajo. Fregar la cocina, el pasillo y el cuarto de baño, de rodillas, y barrer, pasar el alambre, encerar y sacar brillo a la vieja madera de los cuartos y del pasillo, no era tan fácil; es más, era un trabajo arduo, que, además, nunca se acababa. Para cuando se terminaba un extremo de la casa, había que empezar por el principio, otra vez.

Seguro que Ramoni e Isabel fregaron el suelo de la cocina, pasillo y cuarto de baño, pero yo no lo recuerdo. Sí recuerdo, en cambio, a la ama, arrodillada sobre un trapo poco adecuado para el empeño, que, con agua y jabón. El jabón era entonces una especie de *comodity*, todo el jabón que nosotros hemos conocido, era en pastilla, principalmente LAGARTO. Para las cosas más sucias, sucísimas, la ama solía utilizar

POTASA, que era un producto muy abrasivo, que de desollaba las manos, casi. La ama usaba potasa para limpiar los buzos del aita, y, también, añadía una pequeña cantidad al balde con el que fregaba el suelo de baldosa.

Afortunadamente para nosotros, casi siempre había alguna mujer de fuera de casa que le ayudaba a la ama en los trabajos más duros, aunque los que ella hacía no eran de guante blanco, por supuesto. Primero la Regina, luego la Boni, y, finalmente, cuando ya Ramoni se había ido del nido, la Pepi, la hija de Mansilla, la hermana de la Xele, venía, después de comer, a recoger la cocina: a limpiar los platos y a fregar la cocina. La ama y la Pepi se llevaban muy bien, y yo creo que se contaban sus secretos, sus confidencias.

Encerar el pasillo. Lo de limpiar el pasillo era distinto. Ahí sí que recuerdo cómo todas las hermanas-hermano participábamos. En parte, sólo en parte, en ocasiones, lo habíamos convertido en un entretenimiento, pero, repito, sólo de vez en cuando era entretenimiento, el resto era trabajo.

La madera del suelo del pasillo era muy vieja; estaba muy apolillada y tenía, incluso algunos txulos. Recuerdo el txulo principal del pasillo, justo a la entrada de casa. Era un txulo un tanto ovalado, aunque bastante irregular, de unos seis o siete centímetros de largo, en el que incluso jugábamos a canicas. Como podéis suponer, el suelo era muy rugoso en las amplias fonas donde la polilla era más evidente.

Voy a hacer un breve paréntesis, para contaros que, posiblemente hasta el año 1960, la puerta de casa no se cerraba con llave. Había una cuerda que, estirándola desde fuera, descorría el resbalón de la cerradura. Sin embargo, en ocasiones, yo creo que solía ser iniciativa de la tía Ramona, cuando venía a casa con la excusa de visitar a su ama, nuestra amona, se desconectaba ese mecanismo tan eficaz cuando en una casa viven cinco niñas-niño, que pasábamos la mayor parte del tiempo en la calle y que volvíamos a casa por múltiples razones, casi todas ellas inentendibles para la tía. Aprovechaba cualquier excusa para reñirnos, para decirnos que antes de salir de casa había que llevar todo lo necesario: balón, cuerda de saltar, bocadillo de chocolate (aquel chocolate tan malo, que le decíamos de tierra), ganas de mear, etc. Un día, lo recuerdo, le dijo a la ama, ¡si fueran míos, ya les iba a dar yo! En pocas ocasiones recuerdo yo a nuestra ama

poniendo firmes a su hermana, pero en aquella ocasión el corte que le dio fue fantástico: ¡También yo les daría, si fueran los tuyos!, le contestó. ¡Fantástico!; ¡Aupa Ama!

La tía Ramona. Puestos a hablar de la tía, voy a alargar el paréntesis que he anunciado al hablar de la cuerda con la que abríamos la puerta de casa, y que he anunciado como breve. La tía tenía una dificultad importante para querer, sin condiciones. Yo tengo una teoría que no he visto que nadie la valide, y por ello la pasaré al ámbito de las conjeturas.

La vida de la tía fue muy dura. Algo he anticipado ya al decir que su hermana, la Tía Monja forzó su matrimonio con un jovencito que, como ella, solamente tenía diecinueve años. Su primer trabajo fue en Casa Cabra, una charcutería de alto standing en Donostia. Vivía separada de su marido y en la guerra se tuvo que escapar a Iparralde donde, en un taller de Socoa, se dedicaba a confeccionar alpargatas. En uno de esos actos crueles que hizo el Franquismo, le cortaron el pelo al cero, como castigo de no sé qué falta que pudo hacer. Su marido Ignacio, que era comunista, se suicidó cuando vio que los fascistas lo iban a coger: se pegó un tiro. Al poco tiempo se casó con el tío Antonio, que era el amigo íntimo de Ignacio, y vivieron una vida dura, porque al tío Antonio lo purgaron, también por comunista, y lo expulsaron de su trabajo como linotipista en la imprenta de la propia Diputación de Gipuzkoa. Recién casada con Antonio, paso una especie de tuberculosis, consecuencia de la cual le dijeron que no podría tener hijos. Nuestra ama nunca creyó en ese diagnóstico, y siempre supuso que no tuvieron hijos porque le aterraba asumir compromisos tan grandes desde la situación tan en precario en que estaba.

Mi anunciada conjetura se sustenta, pretende sustentarse en la idea aquella que expresa la famosa sentencia: *Primum vivere deinde philosophari*. Mi experiencia en relación con la gente que ha sufrido muchas limitaciones, pobreza, escasez, sufrimiento, etc., es que forzosamente deben recubrirse y blindarse con el desarrollo de un instinto de supervivencia que impida el afloramiento de sentimientos más nobles. Sé que hay teorías que dicen justo lo contrario, pero yo mantengo que he visto que, dentro de un mismo ámbito cultural, quienes han pasado hambre, haciendo como que son distraídos, eligen el filete más grande; que asignan a garantizar su seguridad, su supervivencia, todos los recursos que pueden acumular; que restringen el gasto de una manera obsesiva; etc.

Os contaré un detalle, cuando nosotros éramos pequeños o adolescentes la tía y el tío se ganaban bien la vida: Él trabajaba en la imprenta ARRIETA y ella tenía un puesto de frutería en La Bretxa. Sin embargo, de nuestra casa de la calle Puerto se llevaba todos los días el periódico viejo, que lo leía al día siguiente, porque las noticias no le interesaban, estaba decepcionada de todo lo que pudiera ser debate político, y únicamente tenía interés por los anuncios de venta de pisos. A la tía le interesaban los substantivos (casa, dinero, pantalones, falda, manzana, etc.) y los adverbios, principalmente los de cantidad (grande, mucho, etc.), pero le interesaban muy poco un cierto tipo de adjetivos (todos los que tuvieran que ver con la belleza, por ejemplo: bonito, hermoso, agradable, simpática, etc.).

Éramos sus únicas sobrinas-sobrino que tenía, pero nunca nos dio cinco céntimos de paga; nunca nos trató, seriamente, de manera goxua; nunca nos protegió de alguna fechoría que pudiéramos haber cometido. Siempre fue nuestra fiscal.

Ahora, en las postrimerías de este paréntesis, os contaré, aunque esto sea notorio, que cuando murió no nos dejó un céntimo, ni a sus sobrinos, ni a sus hermanas o hermano. Es verdad que el destino le jugó una mala pasada, porque, aunque ella no lo dispuso así, heredamos todo lo que tenían, y fue muchísimo dinero, pero no porque ella lo hubiera dispuesto, sino porque éramos sus herederos forzosos.

Debo decir que al escribir estas últimas líneas he sentido un rebrote de rabia y de pena; temo haber sido demasiado duro con ella, máxime cuando recuerdo que, incluso tras alguna de las broncas frecuentes que nuestra ama tenía con ella, nuestra ama la disculpaba diciendo que ella sabía que su hermana era buena, pero que como era tan justa, tan exigente consigo misma también, no podía soportar ningún desvío. En el fondo, decía nuestra ama, ¡mi hermana es buena y me da pena!

¡Seguro que la ama tenía razón! ¡Seguro que era buena y que estaba sometida a esa conjetura de los efectos que causan los estados de necesidad que tuvo que vivir!

Pero sería justo decir que la tía tenía muchas habilidades. Era extremadamente trabajadora y hacía muchas cosas y todas las hacía bien. Era una costurera muy buena y con un trapo cualquiera podía hacer una prenda bonita; tenía una habilidad especial para buscar y encontrar gangas y oportunidades de negocio; sabía muy bien cómo

administrar el dinero; sabía hacer alpargatas y lo que fuera menester. Todo esto es bueno; todo esto lo hacía muy bien.

Mirad a continuación estas fotos entrañables de la tía Ramona con nuestra ama y con Ramoni, su ahijada.



Ramona, Barbari y Ramoni

Posiblemente, estas fotos son de la época en que la tía ramona estaba todavía pensando en que podría tener hijas-hijos. Parece razonable suponer que cuando estaba con Ramoni le prodigaba un fuerte cariño. ¡Seguro que sí! Ah, no lo he dicho, pero todos los 14 de marzo me acuerdo, seguro que todas y todos sus sobrinas-sobrino, nos acordamos, de su cumpleaños. Este año hubiera cumplido 107 años.

Termino el paréntesis que ha sido largo... y reanudo con la historia de cómo limpiábamos el pasillo.

Lo primero era barrer el pasillo; cuando Ramoni tenía catorce años no era habitual, en nuestra casa quitarse los zapatos de la calle y ponerse zapatillas. Por eso, barrer era necesario, y lo hacíamos con una escoba normal, de espigas de mijo, pues en

nuestra casa no entró hasta mucho más tarde el escobón, que era una pieza un tanto más noble.

Después había que pasar una especie de madeja de hierro, el alambre solíamos decir, que, pisado y arrastrado con un pie, arrancaba las capas viejas de cera y todo lo postizo que se hubiera adherido a la tablazón. Esta operación era dura y difícil, pues había que mantener el equilibrio y rascar con brío, aquel alambre tan esquivo y antipático.

Luego, sigo con el modelo que utilizábamos para limpiar la tablazón del pasillo, había que volverá barrer, y, luego, darle cera al suelo. Entonces, en nuestra casa al menos, no había ceras líquidas que se pudieran extender con un trapo o un cepillo. Casi al igual que el jabón, la cera que nosotros conocimos era en taco, un taco rugoso, de tamaño parecido a una pastilla de jabón (un poco más pequeño), que se sujetaba al extremo de un palo en uno de cuyos extremos llevaba un simple artilugio que consistía en una horquilla que tenía uno de sus lados articulados, y que, al apretarlo a la parte fija con una palomilla, mordía con vigor la pieza de cera. Era pues, como el palo de una escoba, en cuyo extremo estuviera esa especie de garra que aprisionaba la cera. Pues, dale que te pego, vuelta otra y otra vez, hasta que gastábamos la pieza de cera.

Por fin, ya vamos acercándonos a la parte más interesante, una vez dada la cera, con una cuerda cuyo extremo reteníamos en la mano, sujetábamos un cepillo relativamente plano y ancho, o una especie de bayeta de algodón o de lana, a la suela de nuestro zapato y, dale que te pego, como si estuviéramos patinando o valseando, sacábamos brillo al pasillo. Y en este bailoteo todas las hermanas-hermano participábamos, pero a quien yo recuerdo ver con mayor frecuencia fue a Isabel a quien, por decirlo de alguna manera, la ama le adjudicó el duro trabajo de dedicarse a la casa. Pero esto lo contaré cuando escriba su historia.

Nuevas tecnologías. Ya he hablado de la lavadora, que fue el primer invento que llegó a nuestra casa. Después llegó, la primera aspiradora; era de la marca *VALLET*, y tenía el formato aproximado de una especie de escoba ilustrada que, a media altura tenía la bolsa donde se recogía el polvo o lo que pillara por su camino. Era un artefacto que sacaba un ruido atroz.

Una novedad tecnológica importante fue la llegada a casa del BUTANO (no del butanero, respecto a lo cual en aquella época se hacían muchos chistes). El gas butano llegó a nuestra casa el año 1958-1959 y supuso una revolución en la cocina, en la calefacción y en el agua caliente. Con una pequeña placa de dos hogares, que se sobreponía sobre la misma chapa de la cocina, hacer la comida, o calentar un *katillu* de leche fue mucho más fácil. Se podía disponer de fuego al instante, sin encender, con carbón, la cocina. En bastantes casas de Donostia había gas, la fábrica de gas estaba en Amara, a cuyos alrededores muchas madres llevaban a sus hijas-hijos, pues, se decía, que los gases que se escapaban, el olor a gas era persistente, curaba la viruela, la varicela o el sarampión, o algo que con el lenguaje profano que yo utilizo, podría ser parecido. La presencia de Joxe, el carbonero, se fue difuminando, y la limpieza del culo de sartenes y cazuelas se tornó más fácil, al dejar de estar directamente en contacto con la brasa de carbón.

De Endaia empezaron a llegar, clandestinamente, calentadores de agua caliente con butano. Fue un gran avance, pues en cualquier momento disponíamos de agua caliente para la ducha, o para fregar los platos. Tengo una especial sensibilidad para recordar algunas marcas comerciales, y recuerdo que aquél que se puso en casa era *DAFFOS*, un calentador minúsculo si se compara con los actuales.

Un poco de ocio. Además, el butano introdujo en nuestra casa una rústica manera de calentar algún cuarto. Se pusieron de moda las catalíticas y las supercatalíticas, nombres que en absoluto entendíamos, pero que se hicieron hegemónicos. En un pasaje anterior he comentado que nuestra casa no era un espacio para estar sin hacer nada, para disfrutar del ocio y de la lectura, por ejemplo. Nunca vimos a aita-ama leyendo un libro, pues, en invierno, y el invierno es largo, el único espacio acogedor, caliente, era la cocina. En nuestra casa no entraban demasiados libros, o incluso revistas. La única excepción era la entrada de *SELECCIONES*, de *Readers Digest*. Al aita le gustaba esta revista, porque yo creo que en la cuadrilla había alguien que la leía, y solía comentarles, en las escasas tertulias de las rondas de chiquiteo, casos fantásticos, que el aita luego nos repetía en casa. En cierta ocasión, *SELECCIONES* daba detalles de aquél gran transatlántico, el *FRANCE*, que se botó en 1960: que tenía cuatro hélices, que corría 30 nudos, que tenía no sé cuántos camarotes, multitud de pasajeros, lujos exquisitos, etc.;

en otra ocasión narraba la historia de aquel piloto que se cayó desde un avión a 5.000 metros de altura y resultó ileso; la gran explosión que se producía cuando los aviones supersónicos rompían la barrera del sonido (Especie de explosión que surge cuando un móvil se desplaza en el aire a una velocidad superior a la del sonido: 340 m/s, aprox. 1000Km/H); cosas así, fantásticas... Además, SELECCIONES tenía fama de contar las verdades de manera bastante exagerada, y por eso, había un dicho que decía: ¡Eres más mentiroso que SELECCIONES!

Aquellas revistas, se guardaban en una balda que había en un hall pequeñito en el pasillo pequeño, junto al cuarto oscuro y el wáter. No ampliaré detalles, pero os sugeriré que habléis de esa estantería con Maritxu; ella os contará algún detalle suplementario.

El cuarto oscuro. Es la segunda vez que cito el cuarto oscuro, y no puedo pasar de largo sin contaros algo que todavía me emociona. Bueno, el cuarto oscuro era un cuarto interior, un trastero destartado y lleno de cosas que se almacenan sin que sirvieran para nada. Sin embargo, tenía dos aplicaciones: De una ya os he hablado, al decir que allí se apiñaban los imponentes trozos de madera de travesaño de vías del tren que nos traía Satur. Allí, con un hacha, y sobre un grandísimo tronco, hacíamos astillas para encender el fuego de la cocina; la segunda aplicación útil era para guardar la sidra del año. El aita encargaba no sé dónde, el envío anual de 300 botellas de sidra. Se guardaban sobre unas baldas (alguna de ellas era una vieja persiana originariamente de alguna ventana de la calle Campanario), que estaban en la parte izquierda del cuarto, y una a una, o de dos en dos, según fuera la sed de aquellos días de verano, las poníamos a refrescar en el balde de la cocina por el que circulaba agua fría del grifo que dejábamos ligeramente abierto. Entenderéis que no había frigorífico en casa, y que la primera nevera, a base de hielo, entró en nuestra casa aproximadamente el año 1957.

Pero comprenderéis que ninguna de estas dos cosas me emocionara, precisamente. El toque de emoción me viene al recordar que nuestra ama, Barbari, sentía miedo al imaginar que la pudieran enterrar sin estar definitivamente muerta. Por eso nos decía que cuando falleciera la “dejáramos” sobre aquellas baldas donde guardábamos la sidra. Creo que Ramoni nos ha manifestado también un temor parecido en más de una ocasión.

Libros, los justos. Debo hacer una corrección a un comentario anterior en que sin excesiva reflexión he dicho que “*Nunca vimos a aita-ama leyendo un libro*”. No, no es así. Recuerdo a la ama ilusionada leyendo el libro *LA MADRE*, de Gorki.

También recuerdo que, cuando cumplí catorce años, me regaló un libro que entonces estaba muy en boga, *CAMINO*. Siempre, bueno siempre no, fue después, supuse de dónde le vino a la ama la inspiración de regalarme aquel libro que tanto gustaba en el OPUS, que priorizaba la vida contemplativa frente a la praxis política o la justicia. Supuse que la inductora fue Miren, la mujer de Ramón, el sacristán de Santa María, cuyo hijo, Ramón también, era íntimo amigo mío.

Por aquella época, nos hicimos socios del *Círculo de Lectores*, y empezamos a leer un poquito más. Tengo el recuerdo de que Isabel era quien más leía.

La televisión entró en nuestra casa en 1960-1961, cuando Ramoni tenía veinte años, justo dos años antes de casarse. No os voy a contar cómo era aquella incipiente televisión que nos congregaba a toda la familia en el cuarto del medio, frente a la puerta de la calle. He contado el hecho pensando en que a las nietas-nietos esta cita les removerá de su asiento y les dará impulso para *ver* que la manera en que vivió la niñez su amona, Ramoni, era, en muchas cosas, distinta a la que ellas-ellos han vivido o están viviendo su primera juventud.

Cambios culturales. Pero, al tratar de transmitir a nietas y nietos que las cosas han cambiado: la televisión, las novelas de la radio, la escuela de la amona hasta los catorce años, la colaboración en los trabajos de la casa, las diez de la noche como hora infranqueable, etc., os contaré un secreto, una confidencia. Esto último es habitual en mi modo de comunicarme con las personas, especialmente con amigas y amigos: contar una confidencia abre las puertas a una mejor y más íntima comunicación. Pues aquí va, primero el contexto, y luego una experiencia:

Hasta que Ramoni tuvo unos dieciocho años, y yo catorce, se utilizaba en cada cuarto un orinal, donde a la noche hacíamos pis (no pos), y luego, a la mañana siguiente la ama (no siempre era la ama) tenía que vaciarlos en el retrete. Incluso, cuando éramos más pequeños, cuando en invierno se nos *cortaban* las manos del frío que hacía,

solíamos hacer pis en el orinal mojando los dorsos de las manos que las poníamos bien situadas para no salpicar; se decía que la orina tenía glicerina, y que ayudaba a cicatrizar las heridas, los cortes de las manos. Creo recordar que entonces el pis no se consideraba sucio, y que después del uso de este fármaco tan natural, el pis, ni siquiera nos lavábamos las manos, antes de meternos en la cama.

Durante el día, el orinal se guardaba en la mesilla, que se cerraba con una puerta. Voy a dar un salto de bastantes años, hasta que fui con dieciocho años a estudiar ingeniería en la Universidad Complutense de Madrid. Allí aprendí muchas cosas, pero para el relato que viene a continuación os diré solamente que el uso de la *regla* de cálculo era imprescindible para abordar los algoritmos o fórmulas necesarias de cualquier proceso físico o de la Teoría del Buque. Me hice, pues, experto en el manejo de la *regla* de cálculo. Pero esto no me resultó muy difícil, pues yo ya llevaba alguna experiencia de otro tipo de *regla*.

Efectivamente ser el hermano intermedio de cuatro hermanas tiene su atractivo, pero también es un camino proceloso no exento de riesgos. La cosa es que a mis trece años yo sabía de aquella disciplina un tanto más que mis amigos, mis amigos que como los Erdocia, eran cuatro hermanos, varones los cuatro. Cuando yo tenía esa edad era aventurado abrir la puerta de la mesilla del cuarto de las chicas, pues en aquella época no se utilizaba material desechable y todo se reciclaba.

Vosotras-vosotros los más jóvenes, no sabréis descifrar, seguramente, porque yo, en este mismo párrafo del relato, incluyo referencias a una copita de ginebra, a unas tobilleras en los tobillos, o al cuidado preciso para que la mayonesa no se corte. ¿O sí?

LURDES

He dejado casi para el final el contaros que Lurdes nació cuando ya nosotros éramos bastante mayores para jugar con ella, para ser sus hermanas-hermano de cuando se es pequeña. Cuando es así, surge una relación diferente. Por ejemplo, el año 1958, cuando el 23 de febrero nació Lurdes en la Clínica dl Pilar, Ramoni tenía ya diecisiete años, y ya hemos visto los vuelos de Ramoni a esa edad. Ramoni y yo fuimos su madrina y padrino, pero con ella jugamos poco. Cuando Ramoni se casó, Lurdes tenía cinco años, y, por edad, estaba más próxima a Todor, su hijo, que a ella, su hermana. Así pues, Lurdes no tuvo la suerte de vivir en una familia numerosa, de tener un aita-ama jóvenes, etc. Incluso, tuvo la mala suerte de vivir su niñez en una situación de crisis económica familiar, sin acceso a muchas de las ventajas sociales que sus hermanas-hermano tuvimos.



Todor, Lurdes, Aurora, ama eta Amaia

He seleccionado estas dos fotos para mostrar la situación desenfocada en que yo creo que vivió Lurdes, confusa, posiblemente, en un cruce de generaciones. También me ha motivado la elección de estas fotos, la presencia de la Aurora, con quien, como ya he dicho, la ama tenía una relación cálida.

MAITE Y ANTAXONI

Durante los primeros años de trabajo de Ramoni vino a vivir a nuestra casa Maite, la prima de Francia solíamos decir. Quería aprender fotografía y trabajaba, con un sueldo ridículo, porque se consideraba que estaba aprendiendo, en Willy Koch, en la Avenida. Viviría con nosotros un año, aproximadamente. Ganó un premio fotografiando al atardecer espacios o lugares de Donostia. Ahora vive en Miami, en los Estados Unidos, y hace más de diez años que no ha venido a Euskadi.

Unos años más tarde, vinieron a ver las regatas los izeba-osaba de Zaldibia (Lutxi y Miguel), con Antxoni. Nuestro aita siempre ha sido muy generoso y ofreció a Antxoni, que tendría unos diecisiete años, quedarse con nosotros hasta el segundo domingo de regatas. Antxoni se quedó, pero no para una semana, sino que vivió con nosotros hasta el día 16/11/1992 en que murió nuestra ama, a los 77 años; durante unos treintaicinco años



Maite, Ramoni e Isabel, en Alderdi Eder

¡Veis qué trenzas las de Ramoni e Isabel!

UN VIAJE EXTRAÑO

Cuando Ramoni tenía unos dieciocho años, no sé cómo se les ocurrió, ella y el aita hicieron un viaje, en *Lambreta*, a Barcelona. Debió ser un viaje cuando menos curioso. La primera noche la pasaron en Fraga, y compraron mogollón de higos; al día siguiente llegaron a Barcelona y empezaron a buscar hotel. Cuando quisieron volver a coger la moto, no sabían por dónde buscarla, no recordaban el lugar donde la habían dejado. En algunas actitudes, yo creo que se parecían mucho. Cuenta Ramoni que, a los cinco minutos de llegar a un sitio, ya lo habían visto todo, y seguían hasta el siguiente, y vuelta a empezar. Así, sin mayor pena ni gloria concluyó aquel viaje que fue como el viaje a ninguna parte.



Ramoni, camino de Barcelona



El aita junto a la *Santa María*, en Barcelona

UN BREVE RENACIMIENTO

En los años 1950, a finales, en Euskadi se iniciaron (y/o continuaron) algunos movimientos de protesta y huelgas contra el régimen fascista. Por vericuetos extraños uno de los participantes de aquellas movidas (1956) era Juantxo Amilibia, a quien se le conocía con el nombre de *Baserri*. Baserri era amigo del osaba Antxon y como necesitaba un lugar donde esconderse estuvo viviendo en nuestra casa clandestinamente. Era delineante en una empresa importante de Donostialdea. Baserri era muy ingenioso y entre otras cosas estaba empeñado en enseñar a andar a Ramoni, como una señorita. Ramoni empezaba a ponerse zapatos de tacón y, según Baserri, había que andar de otra manera. Recuerdo a Ramoni andando por el pasillo de casa con un libro puesto sobre su cabeza; ida y vuelta; ida y vuelta... Con el cuello estirado y mirando al frente, a lo lejos...

En casa no se hablaba demasiado de política. La ama, nunca, y el aita, pocas veces. Teníamos la cultura general de muchas familias abertzales. El aita, por ejemplo, nunca nos dejó decir: aquí en España... Tenía claro que éramos de Euskadi. Sabíamos también que Franco y los que le seguían eran fascistas, y que eso era muy malo; que, por culpa de ellos, el aita estuvo en la cárcel; que no le mataron de chiripa; que el euskara era nuestra lengua, pero en realidad apenas sabíamos hablarla...

Pero el ambiente en la calle era muy distinto. En el Cole, por ejemplo, un fraile con relativa frecuencia hablaba de los nacionales, porque, supongo, decía, aquí no habrá ningún rojo, ningún nacionalista... Yo no me atrevía a contar esto en casa, pues pensaba que el aita podría ir a protestar y armar un follón. Un día -yo tendría unos trece años y Ramoni diecisiete- en la calle me dieron un periódico de los requetés, que hablaba de los vascos. Ingenuo de mí, ignorante yo, lo llevé a casa pensando que al aita podría gustarle. Me echó una bronca, y creo que entonces aprendí de la ama el estribillo de una canción que decía: "Si tú eres Requeté, yo soy Gudari; si tú defiendes al Rey, yo a la patria de Euskadi". ¡Algo aprendí!

He hecho esta larga introducción para tratar, aunque de manera especialmente somera, que cuando Ramoni era adolescente y luego una joven mujer, en Euskadi se vivía una tensión importante, aunque nosotros nos enteráramos de pocas cosas.

El año 1956 fue un año muy agitado, en el que se realizaron importantes huelgas laborales, que realmente traslucían una acción de presencia del nacionalismo vasco.

Tomo de Internet un comentario acerca de estos hechos:

“La primera gran **huelga** tuvo lugar en Bizkaia en la primavera de **1956** dirigida por una comisión de obreros metalúrgicos. ... Los trabajadores de la fábrica Laminación de Bandas en Frío de Etxebarri se mantuvieron en **huelga** 180 días, e incluso se llegó a decretar el Estado de Excepción.”

En Gipuzkoa, aquel año de 1956, también, hubo actuaciones de huelga y de protesta muy importantes, y la presencia de Juan txo (Baserri) en nuestra casa es un claro reflejo de ello.

Yo siempre he supuesto que el aita estaba informado de estas cosas que pasaban. Siempre he supuesto que mantenía contacto con aquellas personas involucradas en aquella red de espionaje que tanto influyó en su vida y en la de la ama, en la de Ramoni, en la de Isabel, etc.

Por eso, cuando en el año 1948 aita y ama se fueron a París, pienso ahora, no se fueron de vacaciones. Siempre he pensado que aquél viaje tuvo una motivación política. Incluyo en esta sospecha algunas visitas que recibíamos, e incluso la excursión a Urbasa que también fue el año 1948.

Incluso, recuerdo que, hacia el año 1950, el aita trajo a casa un perro pastor alemán. El aita solía hacer, de vez en cuando, cosas inesperadas, sin pensarlas demasiado y sin consultar con la ama. Un día, a la hora de comer vino a casa con un perro precioso y su plan era tenerlo en casa. Aquel año yo estaba en la Escuela del Muelle, y al medio día, al llegar yo de la escuela, recuerdo a la ama sujetando al perro de cuello con un pañuelo grande, pero no pudo retenerlo, y el perro, pañuelo y todo, se le escapó. Al rato, tratando de buscarlo salimos hacia el muelle, y al preguntar por un perro alemán, nos dijeron que hacía un rato había pasado un perro muy elegante, con un pañuelo al cuello; pensaron, dijeron, que tal vez tendría anginas. El perro no apareció,

pero todas-todos recordamos aquellas prendas alemanas que había en casa: Una chaqueta de cuero; unas gafas de motorista; una cazadora de cuero y pana...

En relatos velados, borrosos, siempre hemos sabido que parte de la información que el aita gestionaba estaba relacionada con averiguar la derrota de los barcos alemanes que tocaban Pasajes. Con la cobertura de ser mecánico naval y reparador de barcos, parece que se le abrían algunas oportunidades de espiar.

De aquel viaje a París, recuerdo que, a la vuelta, nos trajeron una especie de goma líquida que, al soplar se hacían balones consistentes. Recuerdo que la Xele estuvo muy cerca de nosotros aquellas fechas.



Aita eta ama Parisen (1948)

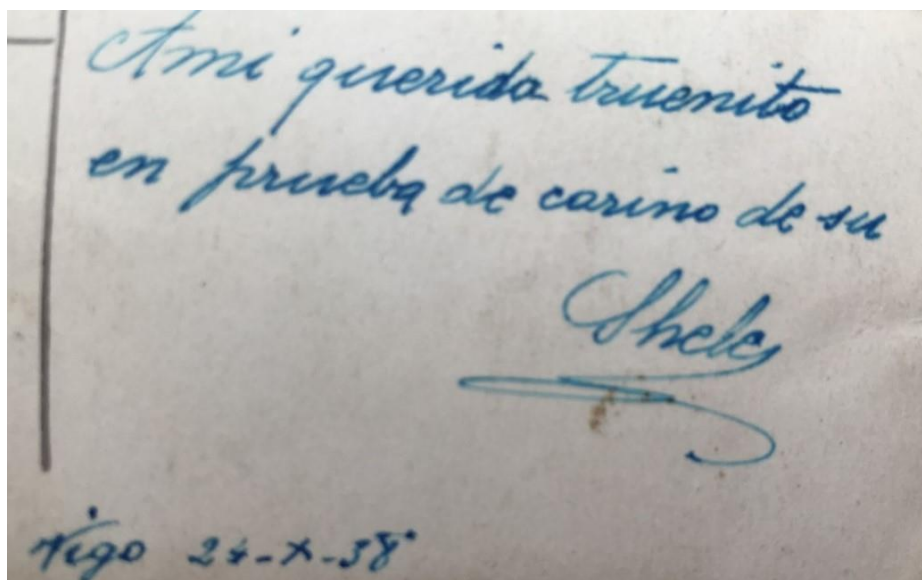
ALGUNAS HISTORIAS DE LA GUERRA

El 13 de setiembre de 1936 los fascistas entraron en Donostia. Muchos jóvenes se escaparon, pero el aita no lo hizo porque se decía que las represalias con sus padre-madre podrían ser tremendas. Al poco lo cogieron y lo alistaron a la mili, en Vigo, en La Armada española....



Aita en Vigo (24/10/1938)

Pero esta foto, no muy clara, por cierto, descubre un secreto... Mirad cómo el aita llamaba a la ama, en la intimidad.... ¡**TRUENITO**!. ¡Parece un nombre cuartelero!



Dorso de la foto anterior

Estos episodios de la guerra requieren mayor detalle; no tengo ahora ánimo para abordar el tema. Lo dejaremos para otra ocasión.

YA VOLABA SOLA

La Schola Cantorum. Posiblemente por mediación del osaba Antxon, que cantaba en el Coro de la Schola Cantorum Nuestra Señora del Coro, que se creó como entidad musical en 1940 por iniciativa del entusiasta músico Juan Urteaga. Los cantores realizaban sus ensayos, primero en la iglesia de Santa María, y luego en el viejo Kursaal. El osaba, entre otras actuaciones, estrenó la obra "*Txanton Piperri*", del maestro Zapirain. También, en una ocasión, actuaron en París. Ramoni e Isabel entraron en el grupo de baile de la Schola.

Ramoni e Isabel empezaron a bailar en la Schola; iban muy a gusto e hicieron nuevos amigos y amigas. Un día, recuerdo, bailaron, vestidas de *poxpoliña Ramoni* y de *baserritarra* Isabel, en el teatro Victoria Eugenia. Ramoni con blusa blanca y corpiño negro, falda roja de mucho vuelo y con una tira negra en su parte inferior, un pañuelo blanco en la cabeza, y calcetines con alpargatas, y, esto no debemos pasar por alto, ¡qué trenzas aquellas! Isabel vestía de baserritarra, guapísima, con el atuendo que se ve en la foto y con las trenzas que oculta bajo el pañuelo. Estaban guapísimas. ¡Yo estaba convencido de que eran las mejores del grupo! ¡Me puse las botas de tanto aplaudir! También actuaron en el tablao de la *Plaza Consti*, pero eso no me impresionó tanto.



Ramoni e Isabel

Sus amigas y amigos. Con Nati, la del ¡Noêly, dépêche-toi!, siempre mantuvo una profunda amistad. Por aquella época hicieron una cuadrilla de cuatro amigas: **NATI**, **MARIVÍ**, **RAMONI** Y **MILA**. Andaban siempre juntas y para dejar constancia de su amistad diseñaron un escudo sobre tela de fieltro en el que bordaron:

En la parte superior: **NA VÍ RA MI**

En diagonal: ASU (Amigas siempre unidas)

A

S

U

Y en el cuerpo del escudo, no lo recuerdo del todo, bordaron lo que a cada una de ellas gustaba: Un TXISTU; un TAMBORIL; un XXXX; un YYYYY.

Ramoni era muy buena y muy rápida cosiendo, y se hacía muchas prendas de vestir. En aquella época los tabardos se pusieron muy de moda, pero eran caros. En un plis-plas, se compró unos metros de tela de loden, que es una tejido impermeable y ligero que abriga mucho, de color gris, y en menos que canta un gallo se hizo su tabardo. En el brazo derecho sobrepuso su flamante escudo. (Más adelante a mí me hizo otro tabardo).

Uno de aquellos veranos, con Nati y con Elvira, se fueron a pasar una semana a La Rioja. Creo recordar que en Haro vivía el hermano de Elvira (no estoy seguro), que era veterinario. Cuentan que lo pasaron muy bien. Ramoni siempre ha tenido habilidades importantes para encontrar colaboradores; creo que ella sabía que yo le era incondicional, y creo recordar que les ayudé haciendo algunos recados para organizar aquel viaje. Recuerdo también haber visto alguna foto en la que se las veía montadas en burros. He citado varias veces a Elvira, la recuerdo muy bien: tenía ideas exageradas, tal vez un poco alocadas. Os contaré una anécdota con Elvira: Decía estar locamente enamorada del portero de la Real Sociedad, Miguel (Migueltxo, decía ella) Celarain, que jugó desde 1957 hasta 1960. En varias ocasiones me pidió que le llevara en moto, en la Lambretta del aita, por no sé qué calles pero que Elvira sabía que él solía frecuentar.

Dábamos vueltas y vueltas, y cuando le veía, casi me tira de la moto; se ponía a saltar gritando: ¡le he visto, le he visto!

A esos años, parece que los enamoramientos pueden ser fugaces. He introducido el contexto político de la época para dar pie a decir que con diecisiete años Ramoni empezó a salir con Juan Carlos. Cuando el aita se enteró de que Juan Carlos era un falangista notorio, le prohibió salir con él. Como Ramoni persistía, un domingo le castigó sin salir de casa. Pero, ¡ay Ramoni!, siempre con solución para todos los problemas, se encerró en su cuarto y se escapó por la ventana. A los pocos días, Juan Carlos había salido de la cosmología de Ramoni, pero lo decidió ella; no creo que le gusta que otros decidan por ella. ¡Además, a Ramoni le salían novietes a mogollón!

La anécdota de Juan Carlos me da pie para hablar de Annie. Annie era una chica de mi edad, cuya relación familiar venía de una vieja historia de su madre, Ana, con la tía Ramona. Annie pasó varios veranos en nuestra casa, y estaba con nosotros cuando el aita dijo a Ramoni que ella no saldría con un falangista. Claro, Annie hablaba bastante bien en español, pero no llegaba a entender qué era ser falangista. Por eso, cuando terminó el follón, me preguntaba: ¿Pero, qué pasa; que el chico no es bueno? No sé si conseguí explicarle el trasfondo de la cuestión.

Andar en moto. En el año 1958, el aita se compró una LAMBRETTA, 125, matrícula SS-25.955. El aita siempre ha sido extremadamente generoso, y todo lo que tenía estaba siempre a nuestra disposición. Tal vez esto no sea bonito para contar, pero os diré que a mí me dejaba andar en moto desde que yo era muy pequeño. Mi primer recuerdo de montar en moto va unido a una de las pocas broncas que nos echaba el aita (aparte de su manía por las diez de la noche, el pelo largo, los falangistas, y los pantalones de las chicas). El caso es que, antes que la LAMBRETTA tuvo una moto marca LUBE (nosotros decíamos que quería decir **La Última Basura Española**) y cuando yo tenía unos doce años, y veníamos de Trincherpe, del taller, se paró a la entrada de la Lasta, y me animó a que, yo solo, guiara la moto hasta las Portaletas, y que allí le esperara. Yo iba tan entusiasmado que pasé de largo las Portaletas y seguí, casi, hasta la iglesia. El aita pensó que no podía frenar al llegar a las Portaletas y echó a correr detrás de mí. Cuando vio que frené y paré, sin ningún problema, seguramente se tranquilizó, pero la bronca fue de campeonato. ¡El cabreo se le pasó enseguida!

Bueno, la cosa es que Ramoni enseguida sacó el Carnet de conducir motos y andaba muy bien. En aquella época no era obligatorio el uso de casco y con cualquier excusa cogía la moto del aita y con alguna amiga, Nati en muchas ocasiones, se iban de excursión.

Santa Bárbara y la Isla. Pero una de las especialidades de Ramoni a esa edad de los 17-18 años era remar. Andaba en la Santa Bárbara con una soltura impresionante; saltaba de bote en bote a la perfección, y remaba como una auténtica batelera. En verano, la Santa Bárbara era uno de los atractivos principales.

Recuerdo que lo he dicho en varias ocasiones, pero no renuncio a repetirme de nuevo, al decir que Ramoni irradiaba entusiasmo en las cosas que hacía. Tenía una habilidad especial en buscar aliados, cómplices, entusiastas colaboradores. Creo que yo fui uno de sus aliados en sus aventuras en la Santa Bárbara, pero primero os recordaré qué era la Santa Barbara.

Inicialmente, posiblemente desde el año 1945 (parece que anteriormente tuvo otro bote o batel, bien viejo, por cierto, como podría desprenderse de las fotos en las que aparecen Ramoni, Ramona y Barbari, nuestra ama), el aita tenía un batel muy bonito, probablemente construido por Garin, en el propio muelle de Donostia, en su taller-astillero junto a la iglesia. Yo lo recuerdo como batel, pintado de rojo por fuera y aprovechando la ocasión para meter el rojo y el verde, en las tostas, paneles, etc. Esta práctica de pintado era habitual entre la gente abertzale, que utilizaba la mínima ocasión para hacer presente, si no la ikurriña en su forma explícita, sí al menos sus colores. Para invernar guardábamos el batel en un bajo de la última casa de Amara, una casa de ladrillo rojo, frente/diagonal a lo que ahora es el Estadio de La Real Sociedad.

También recuerdo cómo un día al aita se le ocurrió ponerle un motor de gasolina, pequeño, muy pequeño, que luego, más adelante sustituyó por un viejo motor, de origen sueco se decía, y de marca *SOLO*, que era Diesel -razón de su elección-, porque el aita traía el gasoil de Pasajes, de balde. Recuerdo al aita dándole instrucciones al carpintero de Gabarain, en la Rampa, para que cortara una parte de aquel codaste redondeado y lo quebrara para hacer un vano que alojara la hélice en el eje de cola que atravesaba aquella especie de mamparo nuevo por el que atravesaba la bocina (fue con

aquella experiencia cuando yo aprendí que bocina y claxon, no son sinónimos), y el timón también, por supuesto. De este cambio surgió la mutación de género que, de ser **un** batel, pasó a ser **una** motora. De ser **el** Santa Bárbara pasó a ser **la** Santa Bárbara.

Bueno, todo este rollo para deciros que Ramoni y su cuadrilla (Isabel también, pero ahora estoy hablando de Ramoni) me convirtieron en el *cho* de la Santa Bárbara. Para afianzarme en el puesto, cuando yo todavía no había cumplido los quince años, ella y sus amigas, el día de san Ignacio, mi santo, me regalaron un libro con el que me hicieron su servidor. El libro, *UN CAPITÁN DE QUINCE AÑOS*, me emocionó, pero a la vez me hizo ver que tenía **fija** la plaza de capitán, ya no era **eventual**, y esto fue un ascenso importante; un compromiso importante.

Aquella novela de Julio Verne en la que su protagonista es Dick Sand, un muchacho de quince años, al cual la novela lo coloca navegando en altamar, sobre la nave *PLIGRIM*, quien al mando del capitán Hull se dirige hacia Valparaíso, en Chile..., fue un hito importante en mi vida. ¡Me habían cogido!

Como Capitán recién ascendido, siempre les tenía la Santa Bárbara preparada y limpia. Utilizaba esa misma potasa que la ama utilizaba para limpiar los buzos del aita, para limpiar la cala de Santa Bárbara, porque el motor Diesel, marca SOLO, que el aita le puso, en sustitución de aquél de gasolina que tenía inicialmente, perdía mucho aceite, y con ese aceite desparramado en la cala, se manchaban los paneles y lo que pusiéramos sobre ellos.

Ramoni me involucraba en algunas de sus aventuras, incluso en las más arriesgadas.

En más de una ocasión hemos realizado la travesía desde Pasajes (donde se guardaba durante el invierno) a Donostía, incluso en días de mala mar. Embarcábamos agua a mogollón, pero el plan de Ramoni era pasar el día en la Isla, y a pesar de pasar un cierto susto, llegábamos.

Os contaré también, que Ramoni, cuando trabajaba en BARRIOLA, tenía libre el medio día, de una a cuatro, y, para aprovechar el tiempo, eso siempre lo ha hecho muy bien, me pidió que hacia la una y cuarto, pues siempre había alguna pelma que iba a comprar a última hora, las recogiera, a ella y a alguna otra amiga, en la playa, cerca del

Club Náutico. Claro, esto en marea baja y buena mar era fácil, pero no siempre se daban esas circunstancias. La cosa es que yo les esperaba, recibiendo alguna bronca de algún bañista que se molestaba porque yo me acercara tanto a la zona de baño. Había dos posibilidades: que yo pudiera varar en la arena, y entonces todo era más fácil, o que no pudiera llegar hasta la misma orilla, y entonces, allí aparecían tres o cuatro chicas corriendo y cargadas de bolsas. Se quitaban el vestido, y, tras meter todo en las bolsas se metían en el agua con las bolsas sobre sus cabezas. Ramoni no tenía problemas; de un impulso embarcaba y ayudaba a las demás (yo tenía que estar a los remos), pero había alguna amiga excepcionalmente patosa y, entonces, la cosa se complicaba bien. Recuerdo de manera especial a Mari Carmen, la encargada de BARRIOLA. Era una auténtica patosa; todo un problema.

No sé en qué tienda compraban pan, chorizo, o lo que fuera; también traían alguna tortilla, y yo solía llevar sidra y algo más que choriceaba en casa. Íbamos a la Isla y eran jornadas perfectas. Apuraban el tiempo a tope, y en más de una ocasión arribar a la playa después era imposible, por lo que el desembarco lo hacíamos en las escaleras de fuera de la Moila Punta. Luego, yo amarraba y limpiaba la motora.

Pero Ramoni tenía mucha autonomía y en numerosas ocasiones ella sola, o con sus amigas, cogía la Santa Bárbara y se iba a remar o a la Isla.

En aquella época, de sus 17 años para adelante, Ramoni era una asidua a remar en la Santa Barbara e ir a la Isla. Pero remar desgasta el culete, y cuenta Ramoni que los trajes de baño no le duraban un mes, que los destrozaba. Afortunadamente, en aquella época el aita iba muy frecuentemente a Galicia, pues estaban haciendo el montaje de un barco en Vigo, y, debían ser de contrabando y baratos, porque en cada viaje traía un montón de trajes de baño de chica. Aquellos trajes de baño tenían, todavía, una especie de faldita en la parte delantera, que luego, a los pocos años ya desapareció. A Ramoni, ya lo he dicho, un traje de baño le duraba un mes.

También, recuerda ella, tenía un grave problema con los zapatos. ¡Imposible que le duraran más de un mes! La verdad es que, aunque sabía andar como una señorita, gracias a BASERRI, también le gustaba trotar y correr. Yo la recuerdo yendo a trabajar,

por La Concha, al trote, jadeando fuertemente, inspirando y expirando el aire con sonoridad voluntaria, practicando una buena ventilación pulmonar.

Nuevas amigas. Cuando Ramoni tenía 19-20 años incluyó nuevas amigas a su lista. Marisol y Beatriz, y también Patt, la inglesa, se incorporaron a su séquito. De Patt, os contaré menos cosas (yo creo que le pasaban menos cosas que resaltar), excepto la meningitis que padeció y que casi se muere, pero Marisol y Beatriz eran llamativas: muy guapas, muy majas, muy diferentes a muchas otras chicas, pues eran más audaces en la manera de vestir, y, también, en el la elección de los lugares a los que ir. Después de volver de la Isla, por ejemplo, venía Ramoni a casa con sus amigas Beatriz y Marisol, y se pasaban no sé cuánto tiempo vistiéndose, peinándose, maquillándose... Marisol se presentó al concurso de Miss, y fue Miss Gipuzkoa; Marisol se presentó al concurso de Miss España, y se clasificó muy bien y le dieron el título de Miss Simpatía. Le propuso a Ramoni que le acompañara a Madrid a ese concurso, pero a nuestro aita aquello no le gustó. Así como Marisol era morena, muy morena, Beatriz era rubia, muy rubia y exuberante. De hecho, parece ser que le llamaban *“la montaña de jamón”*, porque, decían de ella, que todo era aprovechable. Las dos eran encantadoras, y cuando salían a pasear las tres, era un espectáculo.

Tal vez éste sea el momento para decir que nuestra casa siempre fue una casa de acogida. Siempre nuestras amigas o amigos fueron bien recibidos en casa, y, esto, siempre, pero especialmente en las edades de la adolescencia o primera juventud, es muy importante. ¡No todas las casas eran así!

Frecuentaban mucho la Isla y posiblemente allí conoció a Trinidad y su cuadrilla. De hecho, la relación era notoria, pues incluso compusieron una canción cuya letra, según recuerdo, decía:

Ramoni, Beatriz, la Inglesa y Marisol,
Trinidad con Tuduri, Iñaki con Antxón,
Todos cantamos juntos, al son de la acordeón,
se nos agrega Iturri, y ya está el Orfeón...

Luego seguía la tonadilla aquella que decía:

Mañana, mañana, mañana te lo diré

Mañana, mañana, mañana te lo diré.

Dicen que la vida está muy cara en XXXX,
nosotros lo pasamos muy bien en Santa Clara

Comemos y bebemos, y oímos la acordeón

y el que inventó la Isla se llama Robinson.

Mañana, mañana...

Profundizar en estos episodios entra ya en la memoria privada de Ramoni y de Trinidad, y no voy a relatar historias que están en mi recuerdo. Solamente apuntaré que todas las personas citadas en esa canción eran entrañables, y que de Antxon, Antxon el de ARRIBA, pues era navarro y de ese pueblo, guardo el recuerdo de que tocaba muy bien el acordeón, acordeón que, por cierto, estuvo mucho tiempo en nuestra casa.

Ramoni era muy buena modista, si no se toman en consideración la calidad de los remates. Por eso, sería más ajustado a la verdad decir que Ramoni era muy buena modelista, muy buena diseñadora. Creo que ya os he contado cómo se hizo, y me hizo, un tabardo, pero ahora os diré que Ramoni se pasó a la Alta Costura. Os contaré una anécdota: Al lado de BARRIOLA, la tienda de bolsos y paraguas, había una joyería cuyo nombre he olvidado. Los propietarios y joyeros eran un matrimonio muy moderno que vestía muy bien. Acudían a la joyería clientas o amigas de postín, y, un día, una de las clientas frecuentes y elegante apareció con un modelito que a Ramoni le entusiasmó. Era un vestido blanco, veraniego, con un ribete azul rematando todos los bordes del vestido y unos bolsillos plastones, blancos también y también ribeteados con una cinta azul. ¡Zas!, cogió la idea, y con una falda blanca que tenía, falda de una tela consistente, casi tipo loneta y cortada al bias, con mucho vuelo, durante esa misma noche se hizo una copia mejorada de aquél vestido de modisto, de postín. Sin pensárselo dos veces, con parte del vestido cosido, y la mayor parte del mismo apenas hilvanado, se va a

trabajar. Cuando la clienta-amiga de la joyería la ve, casi se desmaya. Ramoni, con sus habilidades de comunicación salió airoso, y admirada por aquellas personas

OLAECHE Y NARRONDO

En 1960 el aita y su socio, Martín Echeverría, construyeron un barco, un bacaladero que debía hacer pareja con el OLAETXE, en el astillero de Murueta, cerca de Gernika. La ama, nuestra ama era la madrina, y se organizó la botadura (flotadura) como un gran festejo. Todos fuimos vestidos de gala; la ama y las tres hermanas mayores, vestidas con trajes hechos por la Aurora. La ama actuó de madrina con mucho estilo, rompiendo al primer lanzamiento la botella de champán que estrelló contra la roda del NARRONDO. Fue un día espléndido.

Un par de años antes, en Marítima del Abra, en Erandio, habían hecho el OLAETXE. Fuimos todos a Bilbao, y comimos toda la familia en el restaurante MATXINBENTA, que era un muy buen restaurante. Al día siguiente, comida en el Mendieta de Erandio y ,a continuación, la botadura. En aquella primera ocasión la madrina fue Teresa, la esposa de Martín Echeverría.

Aquellos barcos, aquella pareja de bacaladeros, de casi 40 metros de eslora, trajo bienestar y riqueza a nuestra familia, pero esa época fue efímera porque la pesca del bacalao entró en una profunda crisis. De hecho, el año 1970 fue terrible, y todos los negocios del aita se derrumbaron como un castillo de naipes: adiós OLAECHE, adiós NARRONDO, adiós KOLDOBIKA, adiós taller de Trintxerpe (40 trabajadores), adiós casa de la calle Okendo (nº 11?); adiós terreno de Igeldo donde habíamos proyectado la construcción de una casa preciosa, adiós sueldo para los aita-ama... Le sucedió una época muy dura; algo que el aita sufrió como un estrepitoso fracaso; algo que tal vez sus hijas-hijo no supimos reconfortarle adecuadamente... Pero este último relato no debería estar en este texto, pues no es propósito del mismo explayarse en acontecimiento que pasaran después de que Ramoni se casara. ¡Simplemente, ha sido un pequeño desahogo!

PERO, ¿QUÉ TENÍA LA ISLA?

Poco a poco, la relación de Ramoni con sus relativamente nuevas amigas, Marisol y Beatriz, iba menguando. Se iba consolidando en ella una casi exclusividad por la Isla, yo creo que principalmente por Trinidad y el entorno de la Isla. Algo de esto ya lo he anticipado, ahora, trato de remarcar que la Isla (la Isla entendida como una alternativa de paisaje, natación, deporte, buen ambiente, como lugar de ensoñación para todo eso y, además, estar cerca de Trinidad), se hizo cada vez más imprescindible, más exclusiva.

Desaparecieron de casa las canciones del PICU, aquellas canciones que cantaban Dalida (Gondolier), Simon & Garfunkel, la Mona Lisa de Nat King Cole, y la entonces famosa canción la Samba de Orfeo etc., que ya he contado que entraron en nuestra casa a través de aquellas incursiones que, muchas veces en Auto Stop, hacían Ramoni y sus amigas, cuando todavía Nati estaba muy en su proximidad, y cuando se fueron incorporando las más nuevas amigas. Desapareció aquella época en que Ramoni y sus amigas iban a Endaia y a San Juan De Luz, a comprar cafeteras, y otras cosas que aquí no había, y a jugar a engañar a los de la Aduana, con aquellas habilidades que desplegaban.

Aquel repertorio se difuminó, y, en casa y en su entorno, empezaron a sonar melodías distintas, canciones románticas con ritmo de habaneras, canciones que no servían para bailar, porque eran canciones para evocar, canciones para deleitarse en el ensoñamiento más íntimo, más exclusivo, más romántico. Sin exagerar, supongo, aquellas canciones, aquel hechizo de la Isla, bien podría considerarse un *hito*, en el sentido antropológico de la palabra, porque configuran un antes y un después de que aquellas canciones se hicieran hegemónicas en su repertorio musical.

Así, en este contexto de ensoñamiento, Ramoni pensaba, y nos lo decía, que lo que más le gustaría sería saber cantar. No me extrañaba nada, pues Trinidad cantaba muy bien, y sungo que la cumbre de sus fantasías serían los dúos, el intercambio cruzado de voz a través del significado casi siempre amoroso de aquellas nuevas canciones. Éstas eran algunas de aquellas canciones (Imaginadlas en un estado paradisiaco, con una nueva polifonía, casi casi con música de *ukelele* tañendo en los atardeceres):

- ***De la Habana la dulce piña...***
- ***Salió de Jamaica...***

- ***Maribel, muñequita de carne rosada...***
- ***Tres cosas hay en la vida...***
- ***Ferrolen ta Cadizen...***
- ***Cerca de la Habana tengo mi cabaña de bambú...***
- ***Cuenta la leyenda...***
- ***El Tango alegre...***
- ***Ay, Marina coja...***
- ***Dicen que la vida está muy cara...***
- ***Ramoni, Beatriz, la Inglesa y Marisol....***
- ***Ameriketara joan nintzen...***
- ***Mama, yo quiero un novio que sea milongueiro...***
- ***Gazte, gaztetik aítak eta amak...***
- ***Mañana, mañana, mañana te lo diré...***
- ***Fru, fru; Fru fru, sabes que yo te quiero...***
- ***El barco pirata T.V...***

El ambiente de la isla era hegemónico en la organización de la vida de Ramoni. Claro está que esto era para el verano, y por ello, los de la Isla (realmente era un grupo muy exclusivo) organizaran el segundo domingo de octubre para celebrar la “despedida de la Isla”. Durante algunos años se celebraba la despedida en la playa de Ondarreta, cerquita de la Isla, jugando un partido de fútbol. También se celebraba de manera especial el doce de agosto, festividad de obligado cumplimiento para “los de la Isla”.

Terminado el verano, Ramoni seguía andando en moto, pero ahora ya de paquete, pues no era ya aquella LAMBRETTA con la que fue a Barcelona con el aita, ahora la LAMBRETTA tenía otra matrícula, era la SS-24.604, era la moto de Trinidad.

ENTUSIASMO, PODERÍO, FUERZA, VALENTÍA, CORAJE...

Sería fácil continuar con esa saga de palabras que muestran los muchos valores que tiene Ramoni. Ramoni se asemeja, en ocasiones, a esa parte gloriosa de los fuegos artificiales: La traca final. ¡Todo explosión multicolor, de gozoso saboreo! Pero ésa es una opción, porque también sabe endulzar la vida de los demás con acompañamientos silenciosos, cuando conviene; con escuchas solidarias; con gestos de una generosidad desbordante. Ella puede elegir; tiene registros múltiples, sensibilidades maleables... Tiene, como vengo de decir, capacidad sobrada para imprimir a los actos de la vida: *Entusiasmo, poderío, fuerza, valentía, coraje...*

Pocas veces sucederá en el ámbito familiar una explosión de solidaridad, de acompañamiento, de trabajo en común, como la que se dio en nuestra casa, en nuestra familia, al preparar el ajuar de Ramoni para su boda con Trinidad. ¡Qué era aquello! Con un garbo nunca oculto, no nos dejaba apenas terminar de cenar; recogía, o hacía que se recogiera la mesa, y a todos nos ponía tarea. Había que bordar sábanas, toallas, manteles, camisones..., lo repito, todos estábamos involucrados en el proyecto. ¡El osaba Antxon, inclusive!

Yo recuerdo que colaboraba en calcar sobre papel transparente modelos de letras o cenefas de dibujos florales para replicar en bordados. Recuerdo que me animó a hacer bodoques en sus bordados. Me ponía la tela, un trozo de la tela enmarcada en un aro fino, a modo de bastidor, estiraba yo bien esa tela en su contorno y la aprisionaba dando vueltas a la palomilla que estrechaba el espacio entre aro exterior e interior. Quitaba a la máquina de coser la pieza que aprieta la tela sobre el mecanismo que hace avanzar la tela y, ¡ya está! Hacía yo los bodoques, una especie de puntos gordos, como de 1 ó 2 milímetros de diámetro, en los lugares que previamente habíamos punteado desde las plantillas hechas sobre el papel transparente.

Pero este pequeño relato no tiene, por supuesto, la sorpresa que producirá en el lector que haya conocido al Osaba Antxon, si os cuento que también él tenía parte en aquel proyecto, en aquella experiencia que bien podría catalogarse como *AUZO LAN*. ¡Nada menos que quitar hilos! Sí, para luego hacer vainicas el trabajo previo consistía en extraer unas filas de 4, 5, o más hilos, para luego recogerlos de manera transversal

con un hilo. Pues también el Osaba estaba involucrado en esto, en quitar hilos. Ni qué decir de la intensa colaboración de la ama, de Isabel, de Maritxu (Lurdes era muy pequeña, apenas tres años), y del aita, que también pretendía colaborar. ¡Fue muy bonito! Ramoni dirigía aquel taller a ritmo de pasodoble, para que todos hiciéramos el trabajo que ella programaba a toda velocidad, como a ella le gusta.

Creo que hasta ahora no he contado que Ramoni tiene la habilidad para estar, cuando quiere, en dos sitios a la vez. Esta es otra de sus buenas características: ¡Llega a todo!

Así sucedió, por ejemplo, el mismo día que se casaba. Yo estaba en Madrid, donde cursaba el primer curso de Universidad. La víspera, cogí el tren en la Estación del Norte (Príncipe Pío) y a eso de las ocho de la mañana de aquel 1 de diciembre de 1962, somnoliento y cansado, llegué a la Estación del Norte, pero a la de Donostia. Mi sorpresa fue mayúscula, al encontrarme a Ramoni allí, en el andén, esperándome. Creo que pocas veces he recibido un honor tan grande. Creo que nunca lo olvidaré. Corriendo, como a ella le gustaba andar, fuimos a casa, en la calle Puerto, y enseguida empezó la sesión de peluquería y no sé qué más para vestirse, tan guapa como estaba, para la boda, su boda con Trinidad.



Ramoni (1/12/1962)

En la foto, se aprecia, también, la foto del *OLAECHE*, entrando en Pasajes.

Ese mismo día, en el banquete de la boda, en el Hotel Orly, los Olaizola nos retratamos con el matrimonio Trinidad Vaqueriza y Ramoni Olaizola.



En la boda de Ramoni y Trinidad (1/12/1962)

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Ya de casada, siento que ha llegado el momento del relevo en el escribir de algunas anécdotas que han jalonado la vida de Ramoni. Alguien cogerá el relevo, estoy seguro. Pero no me quiero marchar dando un portazo, por ello, me permitiré la intromisión al contaros una última anécdota, y al proponeros un juego. Ahí van:

Cuenta Ramoni que un día me pidió que revisara yo un breve C.V que ella se había hecho, tal vez relacionado con algunas de las actividades que ya de casada realizó: clases de inglés en la ikastola, escuela de traductores, etc.

Cuenta también, que yo le di la vuelta a su *curriculum* y que de unas escuetas líneas yo confeccioné uno de varias páginas. Creo que le sorprendió ver cómo una misma historia se puede reflejar, sobre el papel, de manera tan diferente.

Pues bien, cuando hace un par de años, posiblemente en 2018, Ramoni tuvo un episodio de gravedad por un cáncer en su pantorrilla, episodio que todos percibimos como de importante gravedad, la familia entera se desmoronó. Recuerdo las caras de inmensa tristeza y preocupación de *su* familia, su pequeña gran familia que constituyen esas quince personas que están siempre convocadas para los acontecimientos importantes de sus vidas: cumpleaños, viajes, etc.

En el resto de la familia, y ahí estamos sus hermanas y yo, y nuestras respectivas parejas, la desolación, también, fue tremenda. Yo mismo imaginé que, en caso de que las cosas se pusieran mal, que en el caso de que Ramoni muriera, ya no iría más a la Parte Vieja, donde siempre, Mariajose y yo, hemos tenido casi la certeza de encontrárnosla, y de tomar, en ocasiones, sea un vermut, sea un gin-tonic, sea lo que sea. Todo salió bien y esa circunstancia ha supuesto para todos los demás, un hito importante en nuestras vidas, porque es difícil imaginarse la vida sin el acompañamiento, la energía y el cariño con que ella nos regala.

Por esto, para de verdad terminar, y para que quede constancia que, pasar de hablar de su *curriculum*, al episodio de salud que tuvo no es una digresión, os diré que si ahora tuviera que hacer el *curriculum* de Ramoni, además de todo lo que ha acreditado formalmente, Ramoni es Master en Rapidez cuantitativa y cualitativa; es también

Master en fomentar cariño y armonía; es Licenciada en el trato con las amigas y amigos que tanto le quieren; tiene un grado superior en liderazgo de familia: la de los quince y la más extensa a la que pertenecemos; y es Doctora, *Cum Laude*, en derrochar amor. Por eso, le queremos tanto. *Zorionak, Ramoni, zure 80garren urtebetetzean. Aupa zu!*

¡Pero no penséis que me he olvidado del juego! Lo he dejado para el final-final de este relato, porque el mismo trata de una zona liminal, compartida entre lo que Ramoni era cuando era mi hermana soltera, y la Ramoni actual que todos conocemos.

El juego tiene la apariencia de un concurso que premia la habilidad en reconocer a una persona a través de sus gestos. La idea no es mía; la he leído de no recuerdo que autor, que dice que hay personas a quienes se las reconoce a través de sus ademanes, a través de sus gestos, mejor que a través de su rúbrica, de su carnet de identidad.

Ramoni es una persona sincera, amante de la verdad, que no da conformidad a lo que se le cuenta si ella no lo ve. Y el ver de Ramoni es pleno, es integral, es completo. En un plano más teórico, cuando se le plantea un conflicto de disonancia cognitiva, es decir cuando surge una no-congruencia entre pensamiento y prácticas, Ramoni no persiste en situación de disonancia, de conflicto íntimo; no convive en contradicción, no le gusta, y opta por *adecuar sus creencias*, si éstas no se adecúan a su manera más íntima, más sensorial de su modo de vivir.

Si no lo ve, si le cuentas una milonga, se endereza un poco, se remueve en el asiento, su mirada focaliza mejor al contador de milongas, y, cómo no, te lanza su interrogatorio directo, en busca de mayor concreción, de mayor precisión, y cuando no recibe la respuesta que espera, hace un gesto que a todos nos hace llegar por el cual nos transmite que le estamos contando una milonga, como la de una de las canciones del repertorio de la Isla, que antes os he recordado. Y esto pasa, a pesar de su aparente ingenuidad, a pesar de que ella presupone esa idea, que generalmente es patrimonio de la buena gente, de que todas las personas son, de por sí, buenas. Y, si no lo son, peor para ellas, dice también.

Pues éstas son las reglas del juego: Contadle a Ramoni una milonga acerca de un hecho ordinario de vuestra vida; tratad de franquear su perspicaz mirada, y preguntaros si habéis conseguido engañarla. *Animo, maitiak!*

SEGUNDA PARTE